CRUZ Y RAYA

REVISTA DE AFIRMACION Y NEGACION

MADRID, AGOSTO DE 1934

CRUZ Y RAYA

SE PUBLICA TODOS LOS MESES

LA FUNDARON

Miguel Artigas. – Manuel Abril. – José Bergamín. José M.ª Cossío. – Manuel de Falla. – Alfonso García Valdecasas. – Emilio García Gómez. – Antonio Garrigues. – Carlos Jiménez Díaz. – Antonio de Luna. Juan Lladó. – Alfredo Mendizábal. – Eusebio Oliver. José M.ª Pardo. – José R. Manent. – F. Romero Otazo. – Eduardo Rodrigáñez. – José M.ª Semprún. Manuel Torres.

Director: *JOSÉ BERGAMÍN*

Secretario: *EUGENIO IMAZ*

Suscripción a doce números:

España, 30 pesetas; Países adheridos a la tarifa reducida de Correos (envío certificado), 35; todos los demás países (envío certificado), 42.

Ejemplar:

España, 3 pesetas; Extranjero, 4.

MADRID
GENERAL MITRE, 5
TELÉFONO 17573


METAPHI
NATVRA
T
CANONES
LEGES
MATEMA
T·P·
RATIO
REALIS
ACTIVA
LANI
ARMA
NAVI
FACTIVA
MEDICI
VENA
AGRI
SPEC
FRAC
A·S·
T
L·C·G
HORTVS PHILO SOPHIAE

Sumario

La incitación al destino

1

La vinculación con el proceso temporal como fundamento de la acción. La conciencia histórica *en Ortega y Gasset.*

2

El pensador, enlazado con el ámbito nacional. La visibilidad *del pensamiento filosófico. La presencia de España.*

3

La ausencia de los mejores *como fenómeno de la obra intelectual. Superación del régimen de masas. El retorno de los maestros. La encarnación de la filosofía.*

4

Vidas solidarias e insolidarias. Dos tipos de hombre. Vivir hacia sí y hacia los demás.

5

El papel de la razón vital.

6

La cultura del naufragio, *cultura de la totalidad del hombre.*

7

La enseñanza de las posibilidades vitales. La incitación. El contento vital y la autenticidad del destino personal.

1

HE aquí un tema que lleva dentro de sí los elementos de una cuestión vital. Con sus punzantes aristas hiere sobre la realidad viva de aquel que lo coge en sus manos creyéndolo tan sólo un problema del intelecto. Estudiar un tema así, que cobija ocultamente en su interior una verdadera cuestión vital, es colocarse dentro de la historia, porque verdad es que la vida humana se entreteje y se conecta con elementos históricos, como cierto es igualmente que la vida actual, a su vez, obrando sobre aquéllos, rige el proceso por venir.

Es inexacto suponer que la historia es un reducto cerrado. Según esto, la entrada de un suceso en el pasado, al convertirlo en historia lo dejaría ya inmovilizado para siempre. Como en el interior de una gran masa de hielo, la historia conservaría inalterables aquellas obras del hombre sobre las

cuales hubiera cerrado su puerta el minuto presente, echándolas en el depósito del pretérito, cuyo linde es imposible de traspasar en adelante. Hieratizadas, las acciones de otro tiempo mostrarían perpetuamente una faz igual, un estar, un permanecer inalterables. Bastaría asomarse a ellas para encontrar dicho siempre lo mismo. De esta manera las circunstancias del siglo XVIII que determinaron la Revolución francesa, pedirían, miradas hoy, otra Revolución francesa, cuando lo cierto es que, observado el proceso histórico, el día de hoy trae una muy otra exigencia. De lo contrario, la historia sería el lugar de lo intangible, algo así como un paraíso, aunque de cadáveres, y en sus puertas jugarían el papel atemorizador de la espada flamígera del ángel las manecillas del reloj. A aquel que se metiera en el recinto de la historia, la saeta de la esfera del tiempo le cortaría el conducto de comunicación con lo que vive en presente.

Pero la historia es todo lo contrario de un compartimiento estancado. Cada instante repercute sobre los anteriores y transforma su aspecto. De par en par están abiertas las puertas a las otras edades. Y no es casual y esporádico el contacto entre ellos, sino algo normal y que se efectúa sin interrupción. Cruza el interior del tiempo de uno a otro extremo

una corriente abundante de influencia, cuya dirección se invierte periódicamente; su fluir remonta y desciende el curso de las horas. Existe un movimiento en virtud del cual se ha podido decir que la historia va alimentando, instante a instante, la historia. El hoy nace contando con el ayer y hasta en realidad es empujado al mundo por éste. Pero con ello no queda completo el proceso. Hay un movimiento inverso al descrito. La historia que se está haciendo, que inminentemente se va a hacer, alimenta no menos intensamente la historia ya hecha. Cada presente inaugura un punto de vista diferente de los anteriores; un punto de vista nuevo hacia delante y hacia atrás que hace cambiar la faz en que se ofrece a la contemplación el panorama. De esta manera, como dice Ortega y Gasset con frecuencia, la historia es *eadem sed aliter,* lo mismo, pero distinto, y en esta parte que corresponde al *aliter* se basa el hecho de que para cada momento nuevo el pretérito es una perspectiva distinta, presenta otro aspecto a la mirada del intelecto. El presente es a la vez descendiente y generador del pasado.

Con ello el problema se complica para aquel que busque hacer obra influyente y honda. Porque la única posibilidad de que una obra pueda ser adjetivada así, está en que sea desarrollada en conexión

exacta con el proceso histórico, engarzándose en su devenir con acierto. Sólo así puede penetrar profundamente y afirmarse con seguridad. Por el contrario, destiempo, para una obra en definitiva de cultura viva, quiere decir falta de profundidad y de firmeza. Todo consiste, pues, en encontrar para desenvolver la propia obra el momento en que esa correspondencia entre las dos dimensiones del tiempo, la que mira hacia atrás y la que mira hacia adelante, es precisa. No se trata de un regusto romántico y literario por lo vetusto, sí de una preocupación por un porvenir fecundo. En ese constante y doble proceso de alimentación que queda señalado, unas veces pesa más el pasado – épocas en que no se *inventa* nada – y otras a la inversa – épocas en que no se continúa nada, que pierden la nobleza del devenir (1). Cuando la relación entre ellas carece de medida justa, todo lo que se haga partiendo de esa situación será una falsificación de la realidad. Tener el sentido de esa proporción es poseer justamente conciencia histórica. Una obra cualquiera que pretenda una eficacia auténtica tendrá que contar con esa conciencia y nacer según su dictado.

Es posible que, sin embargo, alguien lleve a cabo toda su acción al margen de la conciencia histórica. En realidad, su acto en este caso habrá caído sobre

el suelo del tiempo y no podrá echar raíces en él. Violentamente podrá ser impuesto a la circunstancia histórica, incluso aparentemente parecerá que ésta ha sido dominada, mas lo cierto es que su unión con la base será tan débil que o no podrá sustentarse o será estéril, por lo menos, si permanece. No cabe duda de que con plantar con la fuerza del brazo una estaca seca en la tierra no se ha conseguido todavía, ni con mucho, que eche raíces como un árbol productor.

Y de la obra, del pensamiento del hombre, como del árbol bienhechor, esto importa ante todo: su productividad, como potencia; su fruto, como resultado. De toda la larga etapa bajo el mito de la acción que hemos atravesado, ha de quedar, por de pronto, incorporada una nueva calidad al pensamiento del hombre: la necesidad de su carácter práctico. Como el mito de la convertibilidad en oro del billete, necesita la idea actual su convertibilidad en hechos. Las culturas invernales, de savia dormida, incapaces de producir una acción, han acabado ya. Hace falta que toda idea en adelante sea recubierta con las duras aristas de un acto para ser lanzada a rodar por el mundo. Nietzsche, adelantándose en esto como en tantos otros extremos, adivinó el imperativo de nuestro tiempo, su practi-

cidad. *Yo no me cuido de un filósofo* — dice — *más que en tanto que es capaz de dar un ejemplo. Que por el ejemplo se pueden arrastrar tras sí pueblos enteros es cosa que no ofrece dudas; la historia de la India, que es casi la historia de su filosofía, lo demuestra* (2). Nietzsche, asfixiándose en la atmósfera de tanto profesor prusiano de ciencia filosófica, exclamaba: *¿Cuántas cosas nos faltan aún en Alemania para llegar a esa cálida visibilidad de una vida filosófica?* Faltaba, por de pronto, sentido histórico y vital. Cuando la llamada *escuela histórica* quiere corregir este defecto, comete el contrario, porque a la historia, para que dé sus frutos de acción sobre el cuerpo social, hay que infundirla el movimiento de la idea presente, viva.

Es imprescindible hoy una filosofía que diga a los hombres cómo hay que vivir. No se trata de dar una serie de preceptos derivados de un ideal deber ser a los que haya que sujetarse universalmente en todas las ocasiones. No es posible *decretar* una moral. Una filosofía de la acción será algo así como un clima espiritual que permita la producción de los frutos deseados. Es una sana influencia que se entra en el interior del hombre y desde allí rinde su acción.

Comme le fruit se fond en jouissance,
Comme en délice il change son absence
Dans une bouche où sa forme se meurt.

Como en estos versos de Valery, y de la misma manera que la fruta al ser ingerida pierde su forma y se convierte finalmente en energía fisiológica, la filosofía, al desprenderse de su formulación preceptista, se transforma en actividad viva. Mi experiencia vivida de la crisis espiritual me presenta a ésta como una manifestación de la falta de carácter práctico radical, o sea, emanado del fondo verdadero del hombre, en las formas del pensamiento. Quizás el marxismo sea la única manera de pensar que se salve de esto en parte por lo menos, y tal vez de aquí su éxito. Si en alguna ocasión alguien ha querido observar cómo habrá de actuar el hombre, se ha reducido a aplicarle simplemente los modos de acción mecánica. Es inútil describir patéticamente cómo chirrían las articulaciones espirituales de la persona verdaderamente humana al pretender aplicarle aquel mecanismo extraño. Ello se debe a que esas normas que se han querido aplicar al hombre son de la condición de las leyes naturales, sólo propias de los objetos ahistóricos. Ahora bien: una vez más diremos que una norma que muestre eficaz-

mente a los hombres lo que hay que hacer, no bajo la preocupación reformista del deber ser, sino atendiendo a la cálida necesidad vital, ha de ser una norma que cuente con la historia y con lo que ésta exige de *conciencia de la transformación.* La vida humana, en cuanto está sujeta a cambios de carácter general, por lo menos en esferas determinadas, y en cuanto tiene conciencia de estos cambios, es historia. Todo lo demás, la ciencia natural, pertenece a los tres reinos de la geología, botánica o zoología, sin que nada autorice a llamar historia al conjunto, ni aun añadiéndole el adjetivo de natural. La cosa inerte o el animal no tienen historia. La llamada historia natural sólo lo es desde el punto de vista del hombre, es decir, en cuanto historia humana. Ello es así de la misma manera que la cirugía la hace el médico operador y no el bisturí ni el miembro amputado.

Por consiguiente, el hombre es un ser histórico colocado en un medio histórico, y esta es la primera realidad con que ha de contar el pensamiento para dar de sí una idea capaz de traducirse en conducta humana. Por tanto, lo primero que hace falta es tener una conciencia histórica y saber en qué tiempo y lugar se está haciendo filosofía (3). Una filosofía que se haga sin contar con ello cruzará el

pensamiento de quienes la entendieren, dejando una impresión tan tenue como el surco de la quilla pectoral de un pájaro en el aire. Sería de un interés considerable, no sólo en España, sino en el extranjero, estudiar técnicamente la filosofía de Ortega y Gasset dentro de la historia del pensamiento filosófico. He aquí una empresa sugestiva para algunos de sus discípulos en esa ejemplar Facultad de Filosofía de Madrid. Ahora vamos simplemente a considerar cómo vive esa idea en el pensamiento actual.

2

El hombre no se engarza directamente con la historia de la humanidad entera. El hombre, cuyo *ser es innumerable y multiforme y en cada tiempo y en cada lugar es otro,* se encuentra normalmente sumido en un ámbito cordial que llamamos nación. La apatridia es una situación jurídica, pero nunca vital. Desde aquel ambiente parte su actividad hacia el mundo y desde allí tan sólo puede obrar sobre el todo. Cuando el pensamiento del hombre quiere echar mano al mundo para actuar sobre él a golpe de sus ideas, encuentra en medio de ambos la nación. Ella le sirve como instrumento y como sustra-

to; ella se manifiesta en él como arteria que le enlaza solidariamente con los hombres. Por esta razón, la persona dispuesta a obrar tiene que empezar por tomar en consideración esa realidad en que se halla sumergida. Y a ella se dirige, por tanto, su primera mirada de investigación. Véase cómo Ortega responde a esta necesidad: *Yo necesitaba para mi vida personal orientarme sobre los destinos de mi nación, a la que me sentía radicalmente adscrito* (4). He aquí una clara respuesta a tantos desaprensivos que con tópico fácil han estado hablando del europeísmo no-español de Ortega, sin molestarse en buscar la raíz de su obra.

Esta concatenación de Ortega y Gasset con su nación tiene el doble sentido de que acabamos de hablar. De una parte es determinación del estado de España sobre él; de otra parte, acción de su pensamiento sobre el tema de España. En cuanto a lo primero, no es ya que existan en el pensador las subterráneas influencias de raza, historia, ambiente físico, etc., que llegan hasta cada individuo por causas puramente biológicas y siguiendo el conducto profundo de las venas. Se trata de una presencia de España en la propia obra, efectuada intelectualmente y habiéndose hecho antes problema crítico de ella. A través de sus escritos se le ha visto pedir

angustiadamente una luz sobre lo que sea España, una luz que ilumine ese ser nacional presente en su obra. *Dónde está—decidme—una palabra clara, una sola palabra radiante que pueda satisfacer a un corazón honrado y a una mente delicada, una palabra que alumbre el destino de España* (5). Y en el nuevo prólogo a *España invertebrada* cuenta cómo necesitando una claridad verdadera sobre España se puso a estudiar por su cuenta y riesgo la cuestión, ante la inutilidad de casi todos los libros aparecidos hasta entonces sobre el tema. Su obra ha ido persiguiendo *los secretos del camino que España lleva por la historia*. Este punto está siempre presente en su trabajo. Cuando aparezca públicamente el prólogo escrito hace poco a una nueva edición alemana de sus obras, dedicado expresamente a los alemanes y que hasta hoy sólo es conocido en parte por los asistentes a su clase de Metafísica de la Universidad, se verá cómo la mayor parte de los pasos dados en su vida por Ortega y Gasset lo han sido buscando ese camino de España. Toda su obra, como la que hicieron los pasajeros clásicos, es obra de caminante esforzado en busca de la ruta de España. Esta es su unidad. Hoy no es posible tirar aparte del hilo de su filosofía sin destejer la tela de su pensamiento entero.

Cuando Ortega comenzó a escribir, la situación de España era crítica en grado sumo. En 1898, los restos del poder territorial que aún se conservaban, se derrumbaron. El español que siglos y siglos había permanecido viviendo hacia fuera, enrolado en problemas transnacionales, se encuentra por primera vez cara a cara de la España escueta y de sí mismo. Él ve que no es posible distinguir entre España y los españoles. España no era más que lo que éstos la habían hecho. Pero, Señor, Señor, ¿cómo habían hecho los españoles a España y qué habían hecho de ella? Una pregunta así es la que empieza por formularse la generación del 98. Esta pregunta se plantea desde entonces, con la agonía del que lucha por encontrar su ser, a los españoles individualmente—ya que todo español no es sí mismo plenamente, sin serlo al mismo tiempo auténticamente España—y, a la vez, a la comunidad de nación que ellos integran. Un pueblo, como un hombre, no puede vivir en activo si desconoce su sentido y su *para qué* en el mundo. Esa pregunta hiriente se hace cuestión personalísima en Ortega y Gasset, y apoyándose en esto lanza su aviso doloroso a los demás españoles: *Desdichada la raza que no hace un alto en la encrucijada antes de proseguir su ruta, que no se hace un problema de su propia intimidad,*

que no siente la heroica necesidad de justificar su destino, de volcar claridades sobre su misión en la historia (6).

Pero una nación no se justifica ni se aclara sólo por lo que posee, sino por lo que le falta y tiene que adquirir. Es absurdo hablar de defensa del carácter de una nación cuando lo que se hace es destacar algunas de sus cualidades buenas o malas—esta es otra cuestión—, cerrándolas sobre ellas mismas. Una nación, como un individuo, no se desarrolla a la defensiva, sino atacando, luchando hasta conseguir lo que le falta. Ortega vió bien esta condición agresiva, conquistadora de la vida, y para defender, atacando, a España y al español, se lanza a captar por el extranjero, por donde se encuentre, en definitiva, lo que aquéllos no tienen. Su contacto con Europa era necesario para España y para el español de conciencia despierta. Cuando las gentes todavía acuden somnolientas por estas latitudes pretropicales—cuyas virtudes es preciso excitar de nuevo desde fuera—, Ortega ha comprendido claramente qué es lo que hace falta. He aquí una correlación entre la necesidad personal de un español y la necesidad nacional de España. ¿Cabe, bien entendido, un españolismo mejor? Y yo sé que todavía se seguirá hablando largo tiempo del europeísmo de Ortega, no en sentido

plenamente afirmativo, que entonces sería irrecusable, sino queriendo dar más o menos veladamente a la frase el sentido negativo de no-españolismo. Algún día se verá cómo el despertar de Ortega a la conciencia científica y filosófica, sus importaciones de Alemania, su atención a lo que pasa en el mundo, su mismo sistema de metafísica, como sus ensayos de crítica nacional, su política, sus actividades de enseñanza, nacen en función de España tanto como de su vocación. Que la manera de llegar a todo el mundo es obrando sobre una nación. Y sobre nuestra nación ha sido hecha la obra de Ortega, con un españolismo activo, decisivo, luchador, agresivo, que repugna, encontrándose con una vida fuerte, colocarse a la defensiva.

Partiendo de la existencia real de España en su pensamiento, la obra de Ortega y Gasset se presenta como un resultado de su realidad individual y de la presencia y estado de España. Esa visibilidad de la vida filosófica que exigía Nietzsche, esa posibilidad de ejemplo fuera de ella misma, hay que considerarla doble o, mejor, inversa. Como condición de una filosofía que se presenta como producto de una vida, concatenada esencialmente con ella, y por ende, en segundo término, con una existencia histórica nacional—en este caso el ejemplo visible es la

filosofía—, y como cualidad que ésta tiene de repercutir sobre una comunidad de vida, haciendo aparecer entonces a ésta como un ejemplo de sus tesis; en el caso de Ortega y Gasset, cómo su pensamiento se liga con España y cómo podría efectivamente actuar sobre una comunidad de existencia. Hemos considerado brevemente la primera cuestión y, forzosamente con la misma brevedad, vamos a analizar la segunda.

3

La reunión en un solo y denso volumen de las obras de Ortega y Gasset, así como los libros que van apareciendo en la *segunda navegación,* han de ser un acontecimiento interesante a la vez en dos esferas: en la de aquellos que viven sus actos construídos sobre la base de una conciencia filosófica, porque encontrarán allí una filosofía activa que obra con inmediatez sobre su vivir, obteniendo con ello un fuerte fundamento con que dar mayor firmeza a su asiento vital; y en la esfera de la sociedad española, tan desnutridos su espíritu y voluntad de jugos vitalizadores en los últimos siglos, y sobre la que emerge la silueta espiritual de la nueva obra. Sale a la publicidad algo inédito: el escritor

coloca limpiamente ante los ojos de las gentes la raíz de su idea, y este espectáculo intelectual, totalmente inesperado para tantos, empieza a descubrir, con evidencia, ante los ojos, una médula capaz de animar y mover desde su centro un nuevo mundo del pensar y del vivir. Sólo el grado de atonía espiritual a que ha llegado España explica que pasados dos años empiece hoy a manifestarse el principio de esa acción.

Este retraso, general en todas partes, de repercusión de una creación de la cultura, se debe a una manifestación más de la *rebelión de las masas,* de la indisciplina espiritual. Las gentes están lanzadas a vivir por el mundo sin oír la palabra de un maestro. Hoy los que dirigen su consigna a las muchedumbres no son jefes, conductores, héroes, en definitiva. Son dirigidos, conducidos que obran al dictado rugiente de esas masas, y si se mantienen físicamente por encima, domesticándolas, es porque les proporcionan lo que aquéllas desean. Es la más torpe opinión llamar soberbios e hijos del diablo – como alguno se ha llamado a sí mismo – a esa gama variada y miserable de esclavos espirituales de la demagogia. Lo que oímos decir hoy a cualquiera de estos pretendidos dueños de la voluntad de grandes masas es, sencillamente, lo que ellas quieren que se les

diga. Es triste que juristas, pensadores, cuya finura intelectual era placer del estudioso, sirvan hoy en ese banquete demagógico, al que llamándole sangriento no es desgraciadamente un mero recurso literario lo que se emplea.

En 1921 Ortega y Gasset había calificado ya esta situación de *ausencia de los mejores*. Desde entonces están descritos por él, sin que haya que retocarlos, los caracteres del fenómeno. Y no se crea que se trata de un caso de insubordinación de los peores en el campo político. Si así fuera no se haría referencia de él aquí. Porque lo político no está en las raíces de la cultura y de allí sería fácil de extirpar el mal. Lo terrible, lo que hace de ello un problema agudo es que *las ideas de aristocracia y masa han de entenderse referidas a todas las formas de relación interindividual y actúan en todos los puntos de la coexistencia humana – es decir, en todo el campo de la cultura, siendo en sus orígenes más intensa y decisiva su acción. Cuando la subversión moral de la masa contra la minoría mejor llega a la política, ha recorrido ya todo el cuerpo social* (7). Lo grave del caso, por tanto, es que se trata de un estado patológico de la cultura viva, inmediata, y no sólo de la política.

Esta situación se ha podido apreciar con respec-

to a la obra de Ortega y Gasset, y a la vez con respecto al intelecto europeo en los últimos años. Cuando la palabra de los superiores vuelve a ser oída en todas partes, es que empieza a ceder esa insubordinación, esa indisciplina espiritual de las masas. El pensamiento de Ortega y Gasset, sembrado en el surco que abren sobre la dura tierra de España nuevos empeños de resurgimiento, va creando paso a paso una corriente constante de ideas. La palabra filosófica empieza, como es propio, siendo adoctrinante, pero acaba encarnando, si es auténtica, en la acción total y enorme de comunidades de hombres cada vez más amplias, es decir, haciéndose *visible*. Toda la historia de las grandes naciones, en este sentido, no puede estudiarse sin estudiar a la vez el pensamiento de algún hombre ilustre y—sin idealismos—la filosofía en que se apoya. Para estudiar el Edicto de Turgot suprimiendo la organización gremial de la Edad Media, habría que referirse al sistema de la Fisiocracia y, en último término, a la idea filosófica del siglo XVIII. Porque hay un tipo de filosofía que no surge autóctona, sino de las necesidades del hombre, de un hombre concreto, y sobre la cual luego se ponen a vivir los demás. Es cosa objetiva en su permanencia, pero en su nacimiento es lírica. Un hombre, por sí, lírica-

mente, caza, porque la necesita, una idea para vivir y después la presta a los demás con su autoridad. Analizando una opinión cualquiera de Ortega encontramos que necesita detrás, para mantenerse, la idea del raciovitalismo, que, a su vez, pasa luego a ser necesaria para otros muchos.

Simmel ha sostenido que toda autoridad no es una imposición unilateral y absoluta, sino que se trata de una relación sociológica y que *tras la aparente superioridad total de uno de los elementos y la obediencia pasiva del otro, escóndese una acción recíproca muy complicada* (8). Sin embargo, aparte de la bella y sugestiva exposición de Simmel, es lo cierto que desde el punto de vista social de la cultura, la acción del elemento subordinado, es decir, de la masa, sólo puede ser de aceptación de lo que se le ofrece, dentro de ciertos límites; pero nunca de invención. Inventar es tarea de minorías, bien sea lo inventado un artefacto mortífero, bien un instrumento de labor, un poema o una norma ética. Lo que sucede es que tal poder de invención, para que tenga una acción social, es preciso que surja no de un trabajo intelectual aislado, sí de una integridad de funciones vitales que vinculan a todo hombre con lo que le rodea.

Ese poder de invención de los mejores que actúa

dirigiendo la vida espiritual de los demás, se mantiene firme teniendo en la base una filosofía. Una filosofía sana, alegre, empieza por ser pensada y acaba por vivirse, por convertirse, mediante un proceso misterioso y magnífico de tomar cuerpo real, en historia. El momento más alto, de más luminosa plenitud de una obra intelectual, se alcanza cuando se encuentra en situación de provocar un movimiento, no político, sino de gran hondura vital, cuando se convierte en una *cultura,* o, más expresivamente, en un *cultivo* de la vida. ¡Visibilidad maravillosa, poética, de una filosofía!

¿Cómo es posible conseguir esto?, ¿cómo se llega a una enseñanza así? Supone esta pregunta una doble cuestión: Primera, interna o de naturaleza de esa enseñanza. Segunda, externa o de método de propagación. Lo uno supone una idea material de la cultura; lo otro una idea formal de la influencia del maestro. Pero delante de estas dos hay una cuestión humana: por qué pueden unos hombres provocar un eco viviente de esa condición y otros no.

4

Existen dos tipos de creación del espíritu, y en definitiva de cultura. Radicalmente existen dos tipos

de hombres: solidarios e insolidarios. El hombre insocial, característicamente insolidario, es aquel que encierra su creación en el marco que limitan sus fronteras individuales. Él no adquiere, ni jamás le será concedida participación alguna en la responsabilidad por haber hecho el mundo tal como es. A él que no se le impute parte alguna en la historia de la tierra. Cuanto le rodea no es para él escenario, ámbito cordial, sino paisaje geológico, algo que carece de atmósfera y de vida, paisaje lunar. El mundo y él casualmente cabalgan sobre la misma órbita alrededor del Sol; pero siempre para cada uno de ellos el lenguaje del otro resultará intraducible. Cuando Rimbaud escribe *L'etoile a pleuré rose au coeur de tes oreilles,* ni la palabra estrella, ni corazón, ni oído, etc., tienen el significado que les damos al pasarlas de mano en mano en nuestro habla. Y lo que es de notar, no por estar más o menos reducidas a esencia, como en el filósofo, sino porque corresponden a realidades creadas poéticamente en un orbe distinto.

El individuo insolidario llama yo a aquello que permanece aislado de los demás. El individuo solidario entiende que su yo es algo aparte del mundo, lo que le define frente a él, pero sin que por eso queden sin contacto. Al contrario, entre ambos se

entabla entonces una corriente de influencias recíprocas. *Toda vida es hallarse dentro de la circunstancia o mundo* (9). Esta frase, en rigor, no significa, escrita por Ortega, más que una solidaridad metafísica, profundamente engarzada con su sistema y su idea de la vida. Pero de ella deriva, al través de la vida concreta de un hombre, una solidaridad social, llamémosla así. Para el hombre insocial, su egocentrismo levantará en torno de él una ardiente barrera de llamas vivas. El hombre solidario se esfuerza en abrirse a los demás y dejar pasar a través de él sus múltiples caminos. Puede suceder que brote de una mente insolidaria un manantial de ideas publicadas en escritos diferentes que circulen entre manos deseosas de leerlos; pero su publicidad no las cambiará de condición. Ellas pasarán ante las mentes de los otros individuos silenciosamente o, cuando más, marcando un guiño de oculto significado para ellos. Su obra es como un centelleo de astro nocturno y distante. No permite entrar en su interior. Si alguien se introduce en la intimidad de una obra tal, pronto le abrasa la llama devoradora de un solipsismo exacerbado, individualista y absorbente. Lo que en estos hombres puede dotar de una rara grandeza su vida, no puede aprovecharlo nadie más, porque es un extraño instru-

mento que pierde su mágico poder en manos de otro cualquiera.

Del creador insolidario nada directo puede ser aprendido y su obra será objeto de una erudición, mas no de una cultura viva. Entre este tipo de gentes predomina el tipo del poeta. No quiere decir esto que el poeta se dé solo entre los genios del aislamiento vital profundo; pero el poeta actúa mejor sobre su microcosmos, en el que pueden cruzarse, por lo demás, todas las fuerzas de la Creación, que sobre los amplios términos vitales de una comunidad de sabiduría en la que su intimidad se hiciera, solidariamente con la de sus seguidores o discípulos, un patrimonio común, producto para una sociología del saber.

El pensador social crea generosamente su obra para vivirla en estrecha solidaridad con los demás. Conoce sus dominios individuales, intransferibles, los posee fuertemente prendidos en su interior. Él se sabe entero, firme, y tan plenamente se encuentra posesionado de su totalidad que no teme perderse embarcándose en la hazaña solidaria de la historia de los hombres. Instrumento inmediato de la cultura, pone ante los ojos claros de la sinceridad su propia vida. Entre estos hombres predomina el tipo del maestro. Él sabe hacer de su sabiduría un

instrumento de la sociedad que encuentra con sorpresa cómo al aplicarla con sus propias manos nace de ello una novedad mejor.

Existe en el fondo de los individuos como una tendencia instintiva en virtud de la cual, colocados en una pendiente de decadencia, surge en ellos un movimiento, difícil de frenar, buscando cerrarse sobre sí mismos. Parece como si la convivencia con seres ajenos exigiera un consumo de energías que no pudieran en aquel trance de crisis emplearse en ello. Generalmente este movimiento de aislarse, amurallándose tras de los propios límites, se presenta como una manifestación de aparente soberbia. En realidad, es un caso de debilidad, de no tener bastantes energías para coexistir con los demás sin perderse a sí mismo. Claro que, por otra parte, no está probado que la soberbia sea verdadera y radical consecuencia de la firmeza de espíritu. ¿Hasta qué punto la mesurada estimación propia es signo de vigor espiritual? ¿Desde qué punto es la soberbia una defensa extremada de la propia debilidad, un jugarse el todo por el todo, un jugarse desesperadamente la totalidad exterior por la totalidad íntima, creyendo que así se salvará ésta?

No es este el módulo de una vida potente y abundante de buenos recursos. Cuando se está en

posesión de una vida de esta clara condición, se vive desde sí, efectivamente, pero hacia los demás. Nada podrá hacer, es cierto, que se elimine la parte de contracción y formación íntima y que sin ellas se pueda mantener nadie en el trato espiritual con los demás. No es posible dar más que aquello que se posee. Y es evidente que para poseer algo hay que haberlo ganado antes. La contracción, el trabajo de uno mismo es imprescindible, y, como él, sus frutos son enteramente bienes sin posible sustitución. Pero una vez adquiridos éstos, el hombre entero y verdadero, el hombre de vida firme y ascendente, los emplea con los demás. Se vive hacia los otros. No cerrado sobre sí se guardó el tesoro, sino haciéndolo circular de mano en mano. Cuando Gracián describe las gracias que adornan al que él llama *hombre en su punto,* no cita cuidados que se tengan hacia dentro, sino trabajos que se lleven a cabo hacia los otros; sus dotes lo son de naturaleza que se definen con relación a los demás. Veamos algunos de ellos como ejemplo: *Conforta con sus consejos, calienta con su eficacia, deleita con su discurso y todo él huele a una muy viril generosidad.* Un hombre, piensa el escritor clásico, se afirma por lo que da, no por lo que ahorra (10).

5

Una explicación rápida y simple de la diferencia entre estos dos tipos de hombres sería la de cargar la causa de ella a esa zona mucosa y visceral en la que se confunden, con oscuridad análoga a la que debe envolver al hígado dentro del cuerpo, las fronteras de la endocrinología y la psicología. Pero librémonos de esa tendencia al mito de las sombras intraorgánicas y vamos a buscar una razón más próxima a la luz, aunque estemos seguros de que, terminantemente, no es posible desprenderse de la niebla que asciende desde los fondos corporales. Lo que aquella dualidad de existencias supone es toda una diferencia de cultura. Y lo primero que con ello salta a la vista es que la palabra cultura tiene aquí un significado propio que no coincide con el general hasta hoy.

Recuérdese que *El tema de nuestro tiempo* venía anunciando una nueva cultura frente a la intelectualista: la cultura vital. No era lo propuesto con ello un mero cambio en la superficie, sino una transmutación honda en virtud de la cual la colocación usual, según el tipo de pensar moderno, de los elementos de la vida humana, se modificaba, ocupando cada cual nuevos lugares, y, finalmente,

la vida misma tomaba otra postura. Volvemos a raíces intracorporales, es cierto; pero es que, mientras no se quiera hacer entrar a las vísceras en el mundo del pensamiento para librarnos de una obligación de claridad, no podremos prescindir honradamente de lo que a las fuerzas primarias se les debe. Ortega ha hecho de la vitalidad la base del hombre y de su filosofía (11). En realidad, cuando una transformación en la concepción de la cultura sobrevenga, bueno será mirar hacia abajo para encontrar en su base vital el cambio paralelo a esa alteración acaecida en las capas superiores. Esta idea toma en Ortega y Gasset un carácter generalísimo: *Cualquiera que sea*—dice—*el valor atribuído por nosotros a una obra de cultura—un sistema científico, un cuerpo jurídico, un estilo artístico—, tenemos que buscar tras él un fenómeno biológico: el tipo de hombre que la ha creado* (12).

En su estudio sobre Kant observa cómo la actitud vital propia, desde que comenzó la Edad Moderna, del hombre de pensamiento, es la desconfianza. *El hombre antiguo parte de un sentimiento de confianza hacia el mundo, que es para él, de antemano, un Cosmos, un Orden. El moderno parte de la desconfianza, de la suspicacia, porque—Kant tuvo la genialidad de confesarlo con todo rigor científico—*

el mundo es para él un Caos, un Desorden... Ya Descartes hace de la cautela un método para filosofar. En esta tradición de la desconfianza, Kant representa la cima. No sólo fabrica de la precaución un método, sino que hace del método el único contenido de la filosofía (13). Importa, por consiguiente, al hombre fundamentalmente desconfiado de la Edad Moderna, evitar el error que por doquier le acecha. El mundo está confabulado contra él para llevarle al engaño, mientras que a él lo que más le interesa justamente es no equivocarse. Su suspicacia le lleva a dudar de cuanto le circunda y buscar la defensa dentro de sí. Urge defenderse del error, y al hombre entonces se le ocurre defenderse cobijándose dentro de sí. La razón queda encargada de impedir el paso al engaño. En sus límites con el mundo el hombre alza su criticismo y declara a la razón único medio de conocimiento. Si de conocer, si de aprehender algo teóricamente se trata, sólo es ello posible apretando la palanca de la razón hasta poner en movimiento todo el mecanismo lógico que nos ha de dar el concepto. Es inútil querer con el instrumento de la vida directa prender el ser de las cosas cognoscitivamente. Ortega da a la razón lo que le corresponde, aunque nada más que lo que le corresponde.

Es el medio insustituíble de conocer. Porque sin ella, arrancando de ese mismo fondo en que los tejidos absorben los alimentos transportados por la sangre, surgen los errores que, llevando dentro un eco de su hondo origen biológico, vienen a turbar la claridad del alma. La vida inmediata recoge las cosas del mundo exterior en forma de fantasmas, y cuando la razón no está colocada en su sitio, en las fronteras del espíritu, penetran aquéllos en éste y lo convierten en morada irreal. Es preciso que la razón esté allí y a cada nueva cosa que llegue la reduzca a su ser de verdad, cortando fantasmagorías con su inquisición. A cada cosa, pues, se dirige la razón, suspendiendo sobre ella el filo agudo de su pregunta: ¿cómo se conoce este nuevo objeto? Y descarga sobre sus falsificadas figuraciones su golpe tajante para reducirlo a la roca dura de lo que es. He aquí cómo se logra el conocimiento.

Pero con el racionalismo la razón no se contenta con este papel. De recibir los objetos, quiere pasar a imponerse a ellos. La razón prefigura todo lo que vive y en cuanto una cosa existe es una encarnación de la idea. El mundo todo no debe obrar sino bajo mandatos de la razón (14). Para el racionalista *pensar no es ver, sino legislar, mandar* (15).

La razón, por un acto de rebeldía que se va ex-

tremando en los últimos siglos, pero que en rigor es el acaecimiento que distingue a la Edad Moderna, se declara dueña absoluta de la realidad, expulsa desdeñosamente de su colaboración a todas las demás fuerzas que mantienen la vida del hombre y decreta que toda realidad, como pensamiento que es, le pertenece.

Pero la razón, como todos los medios del hombre, no son efectivamente fines en sí, sino instrumentos para algo que trasciende de ellos. No puede querer la razón dominar al mundo y al resto del hombre. Como tampoco ella puede ser dominada por otra parte cualquiera de ellos. Lo que sucede es que la razón, como el sentimiento, el brazo, la circulación arterial, etc., no son cosas que viven en sí ni son la totalidad del yo, de modo que no pueden aducir justo título para poseer uno cualquiera de ellos a todos los restantes. Porque entonces lo que resulta es que si uno impera sobre los demás, en realidad no impera sobre tales facultades sueltas, sino que lo que somete a su poder es precisamente aquella realidad que está sobre él y sobre todos los elementos separados, espirituales o físicos, del hombre, y que en el registro civil del idioma se conoce con el nombre común de persona. Hay que dar a la razón lo que le pertenece, como hay que dar

también lo suyo a las demás potencias del individuo. Y no olvidar que en definitiva todo ello corresponde a un señor superior en el que se reduce a unidad la variedad de aquéllas. Por tanto, con respecto al hombre hay que ordenar y regir sus medios, y no cabe que uno de ellos se insubordine y quiera dirigir para sí. Como una manifestación de la vida nacen las ideas y con ella permanecerán ligadas. *¡Como si la razón no fuera una función vital y espontánea del mismo linaje que el ver o el palpar!* (16). La razón no es una potencia encastillada, insolidaria, al margen de la vida, que existe por sí y para sí, sino que desde su origen a su fin, y por ello al través de todos los instantes de su funcionamiento, está vinculada a toda una vida, con toda la enorme complejidad de ésta. Se invierte, pues, la relación, el sentido del caminar entre estos dos puntos: razón y vida. La razón no engendra las formas de la vida, la condición de la realidad no es ideal. La vida tiene entre sus medios la razón, la cual en su papel es insustituíble, pero cuyo funcionamiento está sujeto a la necesidad de aquélla. Este cambio en la colocación de la razón en la perspectiva del conjunto de la vida del hombre es fundamental para el pensamiento de Ortega y da nombre a su filosofía: raciovitalismo. Desde hace varios años sus cursos en la

Universidad de Madrid son un sucesivo trabajo de precisión de los complejos términos de su nueva concepción filosófica.

El raciovitalismo es, ante todo, como toda filosofía, un orden público del individuo, una policía del comportamiento de las facultades del hombre dentro de sí mismo. El raciovitalismo coge la razón y la engarza en un sistema de vínculos con la totalidad del hombre. Y en esta vinculación es justamente donde encuentra la razón su libertad y el hombre su liberación. Porque libertad no es un andar desentendido, un comportarse incumpliendo su misión, un actuar en empresas irreales sin sentido para el ser que se pretende llamar libre. Libertad, para la razón, no es despegar del mundo de vida en que nace y muere, para intentar desenvolver un sistema de juegos solitarios en esa atmósfera irreal en que se han querido colocar las cosas adjetivadas de puras un tiempo—la poesía, la teoría, etc. Libertad es aferrarse, como al lomo de un toro bravo, voluntariamente, a su propio destino y saberlo llevar, entre tantas posibilidades de lo contrario, a su verdadero camino. El conjunto de conocimientos, de medios, que le hacen falta al hombre para cumplir su destino, es la cultura vital. No es ya una suma de ornamentos para uso de las partes espirituales del indi-

viduo. Es algo que le falta radicalmente y que brega con empeño por conseguir. Es una cultura que necesita el hombre en su totalidad. Es, finalmente, una cultura de las *necesidades vitales*.

6

De la actividad de la razón, entendida de tal manera, es producto la cultura. Antes ella podía ser un conjunto de conocimientos que el hombre aprendía manejando su inteligencia para ser luego empleados con fines diversos. Con los unos se aplicaba la inteligencia fabril a las tareas de la técnica; con otros proporcionaba al espíritu los dulces placeres de un brillante saber; con otros reducíase a entretenimientos que halagando la piel de la misma inteligencia para nada rozaban, al igual que los anteriores, la carne de la vida. Pero, mientras tanto, ¿qué era del hombre?

Ahora sucede que la razón trabaja unida a la vida del hombre y para ella. La vida es problema. Ortega y Gasset ha expuesto en mil diversas ocasiones este carácter problemático del vivir. La angustia de la inseguridad muerde en sus carnes, y la primera conciencia que tiene el hombre, noblemente

auténtico, de su propio vivir es encontrarse perdido. Con todas sus fuerzas, con todos sus recursos, busca con ansia desgarrada agarrarse a la orilla del conocimiento para salir de ese mar de no saber qué es el mundo, de ese inmenso mar que le rodea. Su primera conciencia es una conciencia de naufragio. *Esa agitación de brazos con que reacciona ante su propia perdición es la cultura—un movimiento natatorio. Cuando la cultura no es más que eso cumple su sentido y el humano asciende sobre el abismo* (17). Dramáticamente acecha mi vida la dual posibilidad de ser o no ser; entiéndase, de ser conforme a mi destino o de ser una falsificación. El destino, el ser auténtico, no es una senda garantizada que una vez puesto en ella le lleve a uno hasta el fin. La operación de decidirme por él o derivar por la inautenticidad no es hecha de una vez para siempre, sino que se replantea, inapelablemente, ante cada uno de mis actos. En todo momento puedo seguir siendo yo o convertirme en mi propia falsificación. Mi vida no es, por tanto, una situación estática, finiquitada. Mi vida se desenvuelve como un proceso. O mejor ella misma es proceso, dinamismo, actividad (18).

Todo ser es un estarse haciendo, sostiene Ortega y Gasset en sus cursos de la Facultad de Filosofía,

como una premisa para su metafísica. La vida de cada uno no es una realidad acabada, sino en constante creación de sí misma. El vivir de cada instante es absolutamente nuevo, es una sucesión ininterrumpida de novedades que saltan la borda de nuestra atención trayéndonos el regalo de un nuevo proyecto vital. La vida es una serie de proyectos biográficos que, lográndose o no, van escapando al pasado. Todo ser humano es ante todo un proyecto vital de realización inminente. Y contando con esto hay necesidad de un nuevo saber para una vida que se está haciendo, para esas mismas fuerzas vitales que han de llevar a cumplimiento aquel proyectado porvenir (19).

Existe el peligro de confundir esta idea de Ortega con el pragmatismo. No obstante, la diferencia está clara en sus libros. El pragmatismo es, como teoría del conocimiento, una ideología que niega la posibilidad de alcanzar la verdad general. Carece, según él, el hombre de órganos propios para poderse formar un conocimiento válido objetivamente. Si la verdad, pues, no es patrimonio del hombre, si no puede haber una cultura humana basada en la verdad general y objetiva, hay que buscarle otra finalidad. Y a la verdad se la sustituye por la utilidad. Los hombres no consiguen elevarse a la

conformidad con lo verdadero, y, por lo tanto, deben reducirse a usar ciertas ficciones, que siendo, desde luego, simplemente tales, desarrollen, sin embargo, la vida humana. La pesquisa de la instancia objetiva de la verdad es abandonada por la de lo vitalmente útil, y porque de ellas se derivan consecuencias de esta condición utilitaria, se comporta el hombre ante ficciones así *como si* fueran verdades.

La cosa en Ortega es totalmente distinta. No se trata de utilidad en el sentido anterior, sino de necesidad, con lo cual hemos descendido, en el camino de lograr la profundidad del hombre, algunos grados —los que van de la economía a la metafísica. Pero no sólo es esto. Siguiendo la honda tradición clásica española, Ortega hace de la verdad necesidad lírica del hombre. Uno de nuestros más maravillosamente profundos escritores, Pérez de Oliva, reconocía *ser sola la verdad el socorro de la vida.* El hombre necesita, por la especial contextura de su vivir, la verdad. *No puedo pensar con utilidad para mis fines biológicos si no pienso la verdad* (20). Háblase aquí de utilidad; mas dedúcese de todo el contexto que es algo que se necesita.

Hoy ya no se trata de que una inteligencia aprenda determinadas nociones, que se le entregan desde

fuera sin contar con la situación vital del sujeto que las recibe. La cultura surge —primera característica— de la energía primaria de la vida, de donde brota la necesidad, y de cuya calidad y estilo van teñidas todas las actividades; y —en segundo lugar— obra sobre estas actividades derivadas. Se trata de actuar sobre una vida, con una cultura que es a su vez creación de sus más íntimas fuentes. *La cultura nace del fondo viviente del sujeto y es, como he dicho con deliberada reiteración, vida sensu estricto, espontaneidad, subjetividad* (21).

Dice la doctrina del idealismo racionalista que los conceptos de la Aritmética, de la Geometría, los conceptos matemáticos en general, son ideas innatas en nuestra mente, autóctonas en su campo. Lo cual, añade, no quiere decir que no hayan de ser aprendidas para que nos sea dado el conocerlas; quiere decir, simplemente, que al aprenderlas no nos apropiamos de algo que está fuera de nosotros y que se nos llega del exterior conducido hasta nuestro conocimiento por aquel que nos las enseña, sino que éste no hace más que poner de manifiesto ante nuestra visión intelectual, destacar ante nuestro conocimiento consciente, lo que antes no conocía; pero sin más que descubrirle aquella parte en que están grabadas en nuestro intelecto, pizarra inapre-

hensible sobre la que el dedo de la Providencia, como tiza sutil, ha ido dibujando esas ideas puras.

La cultura vital no es esto, aunque a primera vista se ofrece como parecido. Y no lo es porque, como concepción antiidealista que es, para ella tiene el exterior una realidad más sustantiva con respecto a ser su ser diferente del sujeto pensante. Para nosotros, la cultura es para el hombre como el agua para el sediento. Nadie afirmará que aquel que tiene sed busca el agua dentro de sí, donde se ha de buscar, según el racionalismo, la noción de número, por ejemplo, sino en el limpio y externo manantial que se le ofrece como espléndido acuerdo entre su necesidad biológica y el acuoso fluir. Es precisamente una necesidad biológica la que crea en el agua su mejor condición de bienhechor calmante del sediento. Ciertamente sabe uno que el agua está ahí, en el mundo de las cosas; mas, no obstante, es el que tiene sed quien crea el agua como algo más que un simple líquido, como algo que satisface íntimamente el deseo de una garganta ardorosa. Es, pues, apoyándose en mi realidad, en mi lírica sensación de sed, como adquiere el agua a su vez su propia realidad. Realmente el mundo tiene una objetiva manera de ser que se ofrece igual. Pero, respecto al hombre, cada

cual obra sobre él y se presenta como una vista diferente. Cada cual lleva a cuestas el caparazón de su circunstancia. El mundo vive la sangrante historia de los hombres. Tú, mundo, eres para mí lo que yo te vengo haciendo. Y si prefieres oírme decir esto con un énfasis más propio del momento, el ilustre Garcilaso me prestará un engolado endecasílabo:

Mi alma os ha cortado a su medida.

Así es como la necesidad biológica que siente el hombre, cuando logra coincidir con la realidad objetiva, con la verdad, crea la cultura. Ella le sirve de agua objetiva, de remedio exterior a su necesidad intrapersonal de un auténtico saber. La cultura, por lo tanto, es una necesidad biológica que se abre al exterior buscando satisfacerse. Por eso las cosas sólo se aprenden de verdad cuando se tiene verdadera necesidad de ellas, cuando se siente uno náufrago en un problema y es el mismo sentido vital el que demanda dramáticamente un instrumento cultural para salvarse. La sabiduría es siempre instrumento para una salvación; en último término, para la salvación del alma. Sólo entonces, cuando obra como un verdadero cinturón salvavi-

das, es auténtica una cultura, porque habiéndose formado por exigencia de nuestro destino vital, y no como producto de una fría voluntad, sino brotando de las tibias, de las cálidas energías del vivir, como un sincero *saber de salvación,* aparece recogiendo todo el hondo valor de la vida de que nace.

7

Ha cambiado la naturaleza material de la cultura y cambia también su método de propagación. La vida se vive hacia los demás y la cultura con ella. Se plantea una cuestión formal de enseñanza.

Ha cambiado el panorama. La actitud del maestro, ahora, es mucho más compleja. No tiene delante de sí ni razones ni experiencias que barajar. Es algo mucho más complicado lo que, colocado ante el que va a dirigir, reclama su atención: es una vida, una vida entera, o, como diría el personaje goethiano, el *verdadero total de una vida.* El maestro recoge en su mano esta íntegra energía vital, titubeante, dramática, que triunfa y pena como todo lo que de ella se nutre, cuerpo y alma, vísceras e ideas, y trata con fuerte acción de dotarla del módulo de una vida en grande. Una de las más perma-

nentes conquistas de Ortega es esta de clasificar a las personas según su vitalidad de tono ascendente o descendente. En éstos se da el tipo del resentido, del que es dominado por mezquinos sentimientos y resentimientos. En los de ritmo vital ascendente un alegre manar de la vida, incontaminado de debilidades y turbias pasiones, crea un individuo al cual el amor, la generosidad, el contento vital le caracterizan. Sobre la existencia de esta división entre los hombres empieza la labor del maestro. Hay que dotar a las vidas de una básica alegría en sus íntimos hontanares para que de allí broten ya sus actividades y de entre ellas la misma cultura, como *instrumento biológico,* teñidas de claridad alegre, de elevación moral.

Pero hay que hacerse cuestión del método. Y éste no puede ser otro que el de emplear la propia vida. Un gran pensador podrá influir grandemente sobre nosotros con un libro; maestro sólo llamamos a alguien de carne y hueso a quien hemos sentido junto a nosotros batir el aire con su respiración. Pero al decir que el maestro emplee su vida, no quiere esto significar que nos haya de poner el ejemplo a seguir de sus buenas acciones; esa pedagogía de la emulación es de todo punto superflua; esas acciones quedan en su autor y sobre nosotros ape-

nas ejercen una leve rozadura en la piel de nuestro intelecto. Es cosa que arranca de más hondo. De lo que se trata es de poner su estilo vital frente a frente del nuestro. La vitalidad obra como un agente catalítico y es lo que más acción puede tener sobre otra vitalidad. Esta finísima comunicación que media entre ellas es innegable. Y todos podemos reconocer, con Ortega y Gasset, que al aproximarnos a ciertas personas nos damos cuenta en seguida del *tipo de pulsación vital* que les corresponde. Con unos nos sentimos sorprendentemente contagiados de su vitalidad ascendente; con otros su tono vital descendente nos deja deprimidos, ahogados por su pobreza de vida.

El maestro, dada esta posibilidad de contagio vital, no ha de ejemplarizar, ha de imprimir su energía vital. No hay más pedagogía – decía en una ocasión Ortega y Gasset – que la pedagogía de la *contaminación*. Por eso, esas figuras astrales que brotan en la historia de la cultura reclamando el egregio dictado de maestros, son casos magníficos de potencia vital. El maestro nos contagia su energía y obra en nosotros, no con su ejemplo, sí con su *incitación*. Pongamos esto en claro y la diferencia se verá terminante. El ejemplo pone ante nosotros para su imitación una obra ya acabada y que con nosotros

no ha tenido relación vital alguna. Por consiguiente, quedamos impermeables a ella. La incitación nos exige a nosotros mismos el obrar.

El ejemplo es un sistema de dos líneas paralelas en que una determina a la otra en todos sus puntos. La incitación produce la línea progresiva del cohete que va creando él mismo su trayectoria, contando menos con el trazo que lleva detrás que con la invitación inédita a su expansividad de la atmósfera que lleva por delante. En definitiva, la obra de la incitación es siempre propia del sujeto. Y por eso la cultura es obra de incitación y no de ejemplo, porque ha de nacer espontáneamente de uno mismo. La cultura no pervive, sino que revive más bien en cada individuo, ya que para ser verdadera, para ser instrumento útil en manos de una vida deberá haber surgido de ella misma. Por eso la educación profunda no puede consistir en verter cosas exteriores, sino en obrar sobre las cosas de dentro, aunque sea, naturalmente, con instrumentos conseguidos fuera.

La enseñanza de la cultura vital se apodera de la dirección de una vida y no tiene por qué buscar en el discípulo un convencimiento de tipo intelectual. Su misión no es la de que, a partir de sus palabras, el discípulo quede enterado del principio de

Arquímedes, de las leyes de Mendel, de la doctrina de la separación de poderes estatales. Lo que tiene que hacer la cultura es provocar una corriente intelectual y afectiva que vigorice la vida del discípulo y la clarifique, librándola de desconfianzas, separatismos, resentimiento, y consiguiendo que llegue a una situación de confianza despierta. Probablemente cuanto hay de turbio y mezquino en la historia del último siglo se debe a la situación de desconfianza en que se coloca la gente, situación en la que cada cual toma sus garantías antes que sus positivos deberes. Y lo que hay que restablecer es el sentimiento honrado y sano de la confianza en los hombres selectos y en las normas que ellos traen.

Hay que pensar que el maestro ha de influir ante todo simpáticamente, afectivamente. Creo yo que el hombre no se aproxima a una cosa con deseo de poseerla con el concepto sino cuando le ha movido una atracción sentimental. Afortunadamente la imparcialidad fría no cabe nunca. La primera inclinación del hombre es casi una incitación sentimental. Siempre se empieza siendo un poco amigo de aquello que se quiere estudiar. La vida humana posee un espléndido caudal de confianza, y cuando no se decide a emplearlo en grande, por lo menos pone su fe en la negación de la fe misma.

Para educarla convenientemente, la cultura recoge esa fuerza vital enorme que es, en todo caso, una fe auténtica, y haciéndola pasar por sí misma la revierte a su origen, haciéndose obedecer de ella para ejercer su enseñanza. Con este primer paso por el mundo, esta confianza, sin perder su espontaneidad y magnífica energía, ha vuelto llevando aprendido que en el mundo hay algo más que ella y algo, justamente, que le es superior. Regresa aceptando unas normas objetivas. Sólo el reconocimiento de una superioridad, de una ley sobre su vida, crea la personalidad del hombre selecto (22). Y no hay que olvidar que la misión del maestro, por encima de todo, es procurar generosamente que su discípulo venga a aumentar el escaso número de los hombres superiores. Estos hombres no llevan infiltrada la confianza pedante y estúpida. Es la suya una confianza humilde, alegre e inocente en su origen como inocencia del sol. Por eso, definitivamente, esa pedagogía no es otra cosa más que la maravillosa enseñanza del contento vital.

Pero la cultura llegada a este punto no ha acabado su faena. Cogiendo de la mano al discípulo le enfrenta nada menos que con las posibilidades de su vivir. Toda persona es un haz de posibilidades vitales. Un abanico de rutas se abre ante nos-

otros a cada paso y hemos de elegir. Pararse en la encrucijada es literalmente morir. La tría entre los muchos proyectos de vida que podemos realizar se nos presenta dramáticamente ineludible. Hay que decidir lo que vamos a ser en cada instante. Es necesario entregarse en cuerpo y alma al ejercicio de la decisión. *Vivir es sentirse* fatalmente *forzado a ejercitar la libertad, a decidir lo que vamos a ser en este mundo* (23).

Y no es fácil deporte este de ir tejiendo nuestro destino a cada paso. Entre las muchas posibilidades que se le ofrecen, el hombre de exquisita honradez vital persigue con rigor implacable la única que puede continuar el hilo de su auténtico destino. *Toda vida es la lucha, el esfuerzo por ser sí misma.*

En esta lucha se van afinando nuestros instrumentos vitales, desde la cultura al funcionamiento de las glándulas endocrinas. En cada momento, sin permitirnos reposo alguno, nos acecha el peligro de perdernos y el éxito de salvarnos; es decir, ser nuestra vida o ser una falsificación. Hemos arrebatado a todas las potencias externas el poder sobre nosotros, y lo que seamos lo seremos por nuestro personalísimo obrar. Y hay que educar al hombre para una responsabilidad vital así. Estremece nuestra vida ese rumor cósmico de nuestra libertad que

hemos descubierto en la esencia misma de nuestro ser. Ya no hay, fuera de nosotros, una ley natural de progreso y perfeccionamiento que nos empuje fatalmente a buen seguro. Podemos avanzar y retroceder. A nuestros pies se abre el camino de lo bueno y de lo malo. Hemos renunciado a la seguridad, es cierto, y ello nos trae, sorprendentemente, escalofrío y contento. En nuestra raíz, en el interior del hombre habita la libertad. Ahora la vida y el mundo crecen enormemente de tamaño. *Y al sentir así percibimos una deliciosa impresión de habernos evadido de un recinto angosto y hermético, de habernos escapado y salir de nuevo bajo las estrellas al mundo auténtico, profundo, terrible, imprevisible e inagotable, donde todo, todo es posible: lo mejor y lo peor* (24). Este sí que es magnífico campo para intentar la formidable aventura de crearse a sí mismo y sentirse bajo la coraza anatómica del pecho, arqueada, con la tensión de una *viril generosidad,* la vida creadora.

JOSÉ ANTONIO MARAVALL

(1) Hasta cierto punto cabe interpretar en este sentido la diferencia entre épocas de orden—*estadio teológico*— y épocas de progreso—*estadio metafísico* de Comte.

Véase en el *Cours de Philosophie positive* el tomo de *Phisique sociale*.

(2) Véase su ensayo *Schopenhauer educador,* en la segunda serie de sus *Consideraciones inactuales,* en la traducción del *Mercure de France,* pág. 25.

(3) Puede estudiarse la idea de la *conciencia histórica* en la obra de Ortega, especialmente en el capítulo III de su *Guillermo Dilthey y la idea de la vida,* que hasta ahora no ha aparecido en libro, habiéndose publicado en la *Revista de Occidente,* números de noviembre y diciembre de 1933 y febrero de 1934.

(4) *España invertebrada,* pág. XXVI. Cito según la cuarta y última edición recientemente aparecida, en la que constan únicamente las palabras reproducidas, por figurar en el prólogo escrito ex profeso para esta edición.

(5) *Meditaciones del Quijote.* Obras completas, pág. 47.

(6) *Meditaciones,* pág. 47.

(7) *España invertebrada,* pág. 104.

(8) Véanse las primeras páginas del fascículo segundo de su *Sociología.*

(9) *La Rebelión de las masas.* Obras, pág. 1082.

(10) Es interesante considerar este punto de vista en Gracián. El artículo citado está comprendido en el pequeño tratado sobre *El Discreto.*

(11) Esta teoría ha sido desarrollada especialmente en *Vitalidad, alma, espíritu. El Espectador,* tomo V. Obras, páginas 489 y siguientes.

(12) *Kant.* Obras, pág. 861.

(13) Idem, págs. 859 y 860.

(14) Spinosa: *Etica.*

(15) *Ni vitalismo ni racionalismo.* Ensayo publicado en la *Revista de Occidente,* número de enero de 1924, y no recogido luego en volumen.

(16) *Meditaciones*. Obras, pág. 40.

(17) *Goethe desde dentro*. Ensayo con motivo del centenario publicado en la *Revista de Occidente,* aparecido luego en volumen con otros ensayos.

(18) Esta culminación del proceso de *desustancialización* del yo a que llega Ortega, siguiendo el hilo de la filosofía moderna, es un punto que urge ser estudiado con todo rigor científico por sus discípulos universitarios. Es, sin duda, una de las más considerables aportaciones de Ortega a la historia de la metafísica. Véase *Goethe desde dentro* y sobre todo su *Anejo a mi folleto Kant,* no recogido en libro y que apareció en la *Revista de Occidente,* número de julio de 1929.

(19) *Biología y Pedagogía. El Espectador*. Obras, págs. 338 y siguientes.

(20) *El tema de nuestro tiempo*. Obras, pág. 757.

(21) Idem, pág. 762.

(22) Véase sobre el tema del *hombre superior, La Rebelión de las masas,* capítulo VII, Obras, págs. 1096 y siguientes.

(23) *La Rebelión de las masas,* pág. 1088.

(24) Idem, pág. 1079.

Una concepción hemofílica del Derecho

(Estado de raza, sinrazón de Estado)

El Derecho de la Sangre y la Sangre en el Derecho.—Sorpresa y lógica del 30 de junio.—Legalidad, Legitimidad. Ex facto oritur jus.—Quid juris?

1. *Juristas en camisa. Bizarría y miseria de un Congreso. Servicio obligatorio de abogados del Estado.—La protección al* pura sangre. *La Comunidad contra el Hombre. Fuertes y débiles.*

2. *¿Puede hablarse de una filosofía jurídica nacionalsocialista?—*Bewegung, *ante todo.—Dificultad de justificación.—La Raza. Oscuridades, contrastes, coincidencias, desilusiones.—El nórdico no es ario. ¿Lo será el israelita?—Rosenberg y los enanos de España. Más dislates. — La aniquilación del débil. Esterilización y Economía.*

3. *Soberanía del* Führer, *cifra y compendio de absolutismo. Su voluntad es* nomos. *—El juramento de los juristas.—Trayectoria del* Führerprinzip. *Totalidad contra individuo. Suplantación de la comunidad por el dictador.—Ni igualdad ni libertad individuales.—En el nombre del Pueblo...*

4. *El grito en el cielo.—Disciplina y sincronización.—La* moderación *de la guardia parda y la doméstica docilidad del Reichstag.—De la manera de enseñar la historia los profesores y de desentenderse del estudio los estudiantes.—La criminalidad desde arriba.—El* Index *y el fascismo. Defensa teológica de la Libertad y de los derechos naturales del hombre.—Un Cardenal: Faulhaber. Judaísmo, Cristianismo y Germanismo.—La Persona frente al Estado.—*¿Derecho?... *¡Véase* Deber!

SI toda la doctrina política y toda la organización social se fundan en un rígido proceso de diferenciación por motivos de raza; si la Ley misma pierde la serena misión que le compete, para hacerse instrumento de iniquidad en manos de los teorizantes del mito racista, ¿habremos de extrañarnos de ver ensangrentado el Derecho, cuando el principio de la sangre se ha colocado por encima del principio de la justicia?

La sangre sobre el Derecho: mancillándolo, ahogándolo en su roja pleamar salvaje... ¿Subsiste algo que siga siendo substancialmente jurídico, bajo la exaltación del derecho de la sangre? Tratemos de ganar, por la vía de lo episódico, la altura de la crítica de doctrinas que ya ofrecen, en plenitud de documentación, junto a la teoría, la realización en histórica inaudita experiencia.

¿Qué significa en la trayectoria del régimen nacionalsocialista la fatídica jornada del 30 de junio?

En primer término habrá de verse en ella la quiebra de todo un sistema, encaminado a lograr (o más bien a forjar, a golpes) la unidad del pueblo alemán, cuyo designio se trunca en el fracaso de esa unidad rota y deshecha en el seno del mismo partido imperante. Apenas queda ya nada en pie del antiguo programa y de las petulantes gallardías de las antiguas tesis hitlerianas, después de este desmoronarse interiormente y cuando ya han fallado sus más acariciadas pretensiones exteriores, con el reconocimiento de la frontera polaca y el forzoso desistimiento del *Anschluss*. Mas la mortal herida del racismo ha sido causada con sus propias armas; y esto es lo que nos importa precisar.

Con un gesto de asombro se cortó en muchos españoles la plácida sonrisa benévola con que miraban—sin ver—desde lejos, y *bien mal* informados por la prensa *de orden,* el desarrollo vertiginoso del fascismo germánico. ¿Pero es posible *allí* esto? Se preguntaban aterrados, sin tratar de explicarse que, precisamente, sólo donde se ha desconocido el valor inmanente de la persona humana, negándole sus atributos esenciales al suprimir su libertad; sólo allí donde el espíritu, que es luz individual, se sumerge y naufraga en la masa mecanizada de la oscura colectividad, es no ya posible, sino abso-

lutamente lógica la manifestación sangrienta de un sanguinario estado de ánimo.

Porque es atraco al pueblo, toda dictadura trata de sostenerse parapetándose en el pueblo; porque es antijurídico, todo poder despótico tiende a crearse su propio Derecho legitimador: *ex facto oritus jus*. La cuestión es, para el jurista y para el moralista, si la justificación se logra por la mera legalización, si la voluntad del que manda es fuente normativa suprema y autónoma, si el poder físico de forzar equivale al poder jurídico de obligar. Y la respuesta negativa surge, sin vacilación, como imperativo de la ética más rudimentaria.

Sovietismo ruso, fascismo italiano y nacional-socialismo alemán, las tres formas típicas del despotismo contemporáneo, han sentido esa necesidad de lavarse en algún Jordán que les haga pasar por limpios..., y se lo han creado, ya que no se lo hayan creído. Mas cuando la doctrina va a remolque de los hechos, tanto y tan servilmente se pliega a ellos que denuncia su propia doblez y la miseria de su condición. Juristas y filósofos de cámara, moralistas y aun teólogos de encargo, buscan a toda prisa *razones*, las razones de lo ya perpetrado y consumado sin contar para nada con la razón, sino en pugna con ella. Y aquellos abogados de causas mo-

ralmente perdidas llegan tarde, necesariamente. Tarde y con daño. Pero invocando siempre la legítima defensa del Estado, que explique las arremetidas del nuevo Leviatán.

Al pobre ciudadano del Estado fuerte y totalitario no le queda más recurso que el de no utilizar ninguno, puesto que todos le han sido suprimidos desde el momento en que el Derecho aparece ya sólo como risible fantasma de pretéritas formas políticas desterradas por la moda fascista.

1

On n'a pu donner la force à la justice, parce que la force a contredit la justice et a dit que c'était elle qui était juste. Et ainsi, ne pouvant faire que ce qui est juste fût fort, on a fait que ce qui est fort fût juste.

PASCAL: *Pensées*, art. V, § 298.

Legiones de juristas están ahí, para eso. Y si no pueden amparar con la toga al Estado de fuerza, pueden, al menos, defenderlo con armas que no son ciertamente las de la pura dialéctica. Por ello aparecen formados (en el *Juristenfront)*, uniformados y deformados con cuartelera indumentaria. ¡Juristas en camisa! Camisa parda, gramática parda... Vues-

tra misión ha sido definida—e impuesta—por el doctor Frank *(Führer des Bundes Nationalsocialistischer Deutscher Juristen)* en aquel discurso-programa con que el 30 de septiembre de 1933 abría vuestro IV Congreso: los juristas de hoy no pueden ser como los de antes; *somos, nada más,* una tropa *del gran ejército de Adolfo Hitler..., y nuestro título de mayor orgullo es haber colaborado con él en la lucha* (1).

Pocas asambleas darán más bochornosa impresión que aquella del pasado otoño berlinés: el *frente de los juristas* tenía que apoyar y atribuir base jurídica al Estado de raza, para revalidarlo en cierto modo como Estado de Derecho; lo que no podía lograrse sino a base de una total mixtificación del concepto y de las raíces profundas del Derecho. Para la *tropa* hitleriana de los disciplinados legistas no se planteaba siquiera un problema de opción, como el que Ernesto Beling aplicaba, diez años antes, al criterio normativo que distingue las reglas justas y las arbitrarias, las valederas y las inválidas, las razonables y las impertinentes, oponiendo a lo dado algo que le es superior, al *ser,* un *deber ser;* agregando a la declaración *esto ha sucedido,* el juicio de valor *pero no debiera haber sucedido;* a la de *esto puede suceder,* el juicio de valor *pero debe no suce-*

der (2). El jurista en el frente ha de olvidar la frente y los pensamientos que tras ella se agolpen. Soldado en servicio obligatorio, es un conscripto de la antijuridicidad; forzoso abogado del Estado, con la misión de defender cuanto haga y darle la razón, porque no la tiene. Triste papel que muchos parecen soportar gustosos.

Ante todo se trata de estrechar el ámbito del Derecho, para eludir el juicio adverso según supuestos universalmente válidos. Así, en boca del consejero del Gobierno, Schraut, *Derecho en sentido nacionalsocialista no es un concepto que abarque a toda la humanidad; la representación de lo jurídico está condicionada por la raza, depende de la calidad de la sangre de cada uno* (3). Desechada la idea de humanidad universal, con su fondo común idéntico en esencia, el golpe se dirige contra la concreta humanidad de la persona: *En la época del liberalismo era la persona individual el punto de partida de toda consideración jurídica. Asegurar el derecho de los individuos, realizar ante todo sus exigencias, era el fin de la ley y el cometido del poder público. Los nacionalsocialistas oponemos a ello la totalidad del pueblo, en la reunión de los que son de nuestra sangre; y colocamos esto en el centro de nuestro pensamiento jurídico. El individuo es nada; el pueblo,*

todo. La protección y la conservación del pueblo es la suprema ley. En primer termino aparece la protección de nuestra raza, que exige, mediante determinaciones legales, la garantía de mantenimiento de la pureza de nuestra sangre y, con ella, la fuerza y el valor biológico-hereditario de nuestro pueblo. Y en el terreno de las aplicaciones, Schraut postula como *urgente necesidad la prohibición de matrimonios de sangre mixta, porque será imposible lograr la casta superior de nuestra raza mientras puedan unirse matrimonialmente los no arios con los de sangre alemana, es decir, con los arios* (4). Así es como la vieja fórmula de la *salus populi, suprema lex* pervive y se agrava en la dogmática hitleriana. Y la razón de Estado se cubre de la razón de raza, en la plena irracionalidad de su eugenética. Es tan aguda y constante la obsesión de la *Sangre* en la teoría del nacionalsocialismo, que llega a caracterizar a todo el régimen por su *hemofilia*. De ella está enfermo y en perpetua agonía el sistema que la toma por norma. Por ella el Derecho, tinto en sangre, pierde su calidad substancial, y olvidando que por causa de los hombres se ha constituído (según aducía ya Hermogeniano), levanta contra el hombre al Estado, que debiera ser medio eficaz para su servicio, y se convierte en enemigo potentísimo, dotado de todas

las fuerzas de opresión y salvaguardado por el caparazón de su irresponsabilidad, a extramuros de un verdadero ordenamiento jurídico.

De tal modo es la palabra *Raza* el *Leitmotiv* del Nacionalsocialismo, que se niega aun la mera posible existencia de algo que no sea considerado y valorado étnicamente (5); y, puesto que el verdadero *Hijo de Dios* es—según el Dr. Nicolai—el *Hombre nórdico,* que *procede y deriva de la divinidad por natural sucesión de generaciones,* él es el único capaz de conocer y de mostrar a los demás la Verdad y el Derecho (6); y el jurista alemán encarna auténticamente la figura del sacerdote que posee, según la vieja fórmula romana, que a Nicolai se le antoja asimismo germánica del norte, *doch so nordischdeutschen Worte: divinarum atque humanarum rerum notitia, justi atque injusti scientia* (7).

Muestra decisiva de cómo ejercen aquel sacerdocio magistral los supremos jerarcas de la nueva Alemania, el bárbaro criterio seudonietzscheano del ministro Dr. Frank, Comisario de Justicia (!) del Reich: *Nada hay por naturaleza justo o injusto. La naturaleza conoce únicamente el derecho del sano, del más fuerte, enfrente del enfermo y débil. El Derecho del nuevo Reich alemán no protegerá al débil, sino que hará más fuerte al fuerte, asegurándole con-*

tra toda posibilidad de decadencia por pernicioso influjo de las razas inferiores (8). Se ha logrado una fórmula: a más potente animalidad, mejor derecho.

2

> Das Recht ist ein gemeines Gut,
> Es liegt in jedem Erdensohne,
> Es quillt in uns wie Herzensblutt. (9)
>
> LUDWIG UHLAND.

Del pensamiento del poeta se sirve, profanándole—paradójicamente—como lema (mejor diríamos como máscara), Helmut Nicolai, en su endeble folleto por el que pretende fundar sobre la teoría de la raza nada menos que una filosofía nacionalsocialista del Derecho (10). Toda universalidad, toda comunidad jurídica humana aparece radicalmente negada en la obsesión delirante y mesiánica, y estrechamente particularista, de la raza privilegiada. Antes y después de Nicolai, no pocos escritores alemanes han intentado semejante empeño; y es ya tan copiosa la literatura (pseudojurídica, pseudofilosófica) convergente, que se habla por muchos, como de cosa admitida, de una filosofía jurídica nacionalsocialista. En nuestra patria (patria, con

inicial minúscula, gracias a Dios, puesto que estamos libres del herético *culto* nacionalista, y aun quizás seamos la mayoría de los españoles de hoy invulnerables al virus racista, ya que la gloria de la raza fué el dejar de ser raza, el fundirse y confundirse con todas, dentro y fuera del territorio; el entregarse, en suma, generosamente), en este país—*lejano* para tantos alemanes *(Fern im Süd das schöne Spanien...)* y próximo en el alerta vigilante de numerosos universitarios españoles que siguen, doloridamente ahora, la vida atormentada de Germania, con imparcialidad que no podría hallarse en otros pueblos—contamos ya con un sintético estudio del joven profesor Legaz, que presenta y calibra las arcaicamente nuevas doctrinas con claridad y con justeza máximas (11). Breve y enjundioso trabajo, que deberá ser guía de quien intente explorar la selva teutónica de la bibliografía racista en torno a los problemas generales del Derecho, de tan preciado ensayo recusamos únicamente el título. ¿Merece acaso la nueva doctrina dominante (dominante en su doble sentido, y absorbente) el nombre egregio de filosofía? ¿Y el noble apelativo de jurídica?

Hay, innegablemente, una teoría, una doctrina, una concepción tan encogida en nacional y nacionalista que con dificultad podrá ostentar el título

genérico—tan alemán—de *Weltanschauung,* pues su mirar no se dirige al ancho y universo mundo, sino que se contrae al pequeño mundo nacional, en el que se mutila.

Además—y ante todo—el racismo se define en *movimiento (Bewegung),* conducido por un *Führer* en quien encarna, mística y míticamente. Movimiento activista, vitalizador, estimulante, ornado de bellas frases degradadas en tópicos. Movimiento de todo un pueblo militarizado. ¿Hacia dónde? Hacia donde se ordene. Donde hay una voluntad, hay un camino *(Wo ein Wille ist, da ist ein Weg).* El hitlerismo recoge y materializa en la política el viejo lema romántico-literario de *Sturm und Drang.* El ímpetu en la marcha tonifica, sugiriendo la creencia de que el movimiento es arrollador, y nada podrá oponérsele. Se avanza marcando militarmente el paso, y entonando himnos bélicos, y saludando con la insolente gimnástica agresiva de los brazos en alto. Y ¡ay de quien desentone, o abandone la línea, o se muestre remiso en manifestar entusiasmo! La campaña contra los aguafiestas y criticones *(Feldzug gegen die Miesmacher und Kritikaster)* comenzaba en 1.º de mayo para acabar dramáticamente el 30 de junio, con matanza sin par en la Historia contemporánea.

Si el nacionalsocialismo ha impreso un tono heroico y un ritmo vertiginoso a la vida de un pueblo, no ha podido dotarle de un Derecho, porque es—en sí mismo y en su caracterización más auténtica—la negación de un criterio jurídico. Implica toda dictadura la ausencia de escrúpulos jurídicos, de esos que despectivamente se califica de *prejuicios legales*. Y partiendo del abandono del *prejuicio* se llega fácilmente a perder también el juicio, que es perder la cabeza. Sobre principios dictatoriales no puede construirse—como no sea burlescamente—una filosofía del Derecho. Que no hay que confundir con ésta una dogmática legal o una cualquiera explicación *ad usum Delphini*, que ni siquiera logra aparentemente la legitimación de la legalidad promulgada e impuesta. No hay justificación posible allí donde no se parta de un módulo de justicia humana; y la justicia humana no puede, para serlo, inspirarse en la mera *defensa de raza*, como tampoco en la defensa de clase. La lucha de razas es tan inhumana, por antifraterna, como la lucha de clases; y aún más artificial; porque, en definitiva, ¿qué es la raza? (12).

Un especialista en historia de la India, H. C. E. Zacharias, tratando de poner en claro la cuestión no resuelta de quiénes son los verdaderos arios (13),

llega a conclusiones bien sorprendentes: *La palabra ario no conviene á los nórdicos puros; ario puro es el iranio puro; el ario en el lenguaje moderno de la India es el brahmán; mientras que el nórdico es el xatria que se mezcló a los arios puros, a los brahmanes, de una parte, y de otra, a los sudras indígenas de la cuenca del Ganges. El puro nórdico se encuentra en Europa, mas no en la India. Y no sólo no es ario, sino que ha habido siempre un antagonismo bien claro entre nórdico y ario.* Si la prueba de sangre aria es, por tanto, imposible a aquellos mismos que en la nueva Germania se han erigido en guardianes implacables de esa ilusión de raza y han excluído del seno de la comunidad a tantos que no podían acreditar ascendencia aria *(wegen nicht arischer Abstammung)*, ¿llegará la ironía de la ciencia etnológica a descubrir precisamente en la raza proscrita los caracteres arios que niega al hombre nórdico? ¿Estarán los iranios en la línea directa procedente de Sem, como descendientes del linaje de Abraham? El investigador señala curiosas coincidencias: en 2.301 o en 2.036 se fija la migración que condujo a Abraham de Ur (en el extremo sur del Irán) a Harran (al norte de la Mesopotamia), de donde partió para la Tierra Prometida; un iranio auténtico, el rey Ciro de Persia, fué quien libró

a los judíos del yugo caldeo; los Magos zoroástricos fueron, de todos los gentiles, los únicos que rindieron adoración al Mesías de Israel en su nacimiento... ¿Son arios los judíos? He aquí un terreno de hipótesis y de coyunturas, que sería prematuro actualmente calificar de ciertas o de erróneas. Pero en todo caso—afirma el citado autor—la verdad es contraria a la tesis racista alemana: *mientras es cierto que el nórdico no es ario, no es imposible, en modo alguno, que el judío lo sea* (14).

¿Hay algo más impreciso que la raza? Porque se presta a divagaciones sin límites, las aseveraciones más absurdas han pretendido pasar por axiomas inconcusos. Véase, por ejemplo, con qué seguridad Alfredo Rosenberg, teorizante máximo y oficial impulsor del racismo en el orden cultural, *discurre* por la España incógnita y la descubre a sus propios habitantes, que no podrán reprimir su asombro (y su sonrisa escéptica ante la ciencia *nazi)* al verse retratados en apreciaciones tan exactas como las que siguen: Cuando Velázquez quería producir un contraste con las infantinas de rubios bucles (representativas del tipo ariogermánico, según Rosenberg), colocaba a su lado una *enana, es decir, uno de aquellos tipos bastardos de los que España está sobrepoblada (mit denen Spanien übervölkert ist)*... Sancho

Panza es (por otra parte) el tipo racial del hombre moreno: supersticioso, incapaz de cultura, apático, materialista; *fiel* hasta un cierto grado, pero la mayoría de las veces solamente sumiso. Sancho no es precisamente el *hombre gordo,* sino *eine zusammengeballte rassisch-seelische Wesenheit;* así como su Señor representa una caricatura tragicómica de la Caballería nórdica (15). Para Rosenberg sólo el Cid es aceptable, porque *es germánico;* así como Cataluña, mediante la sencilla derivación: *Katalonien, Gotalonien, Gotenland...* Por tan finas interpretaciones étnico-históricas puede juzgarse el crédito que merece toda la teoría racista de Rosenberg y demás prestigios oficiales del nacionalsocialismo.

Lo trágico para los destinos del pueblo alemán es que sobre tales fantasías no se construyen únicamente libros, sino leyes, que fraguan un Estado omnipotente en su totalitarismo y opresor en su tiránica actuación. Para proteger la hipotética pureza de sangre del pueblo alemán—de ese pueblo en el que el mismo Rosenberg (16) reconoce la coexistencia de *cinco razas* con notorios tipos diferentes (aunque en primera línea cuente la raza nórdica, a la que debe Europa todo lo bello y noble)—las leyes persiguen, mediante la cruel práctica de la esterilización, a multitud de miembros naturales de la co-

munidad que, justamente, por su inferioridad desde el punto de vista sanitario, merecían especial protección del poder público (17). Mas el Estado nacionalsocialista no existe para la protección de los débiles, sino para su aniquilación; inspirado por un criterio rastreramente biológico-animal y mezquinamente económico, frente a todos aquellos seres desgraciados no se plantea otra cuestión que ésta: no sirven y, además, cuestan caro. Y se decide a acabar con ellos por los medios más expeditos y económicos. El diario de Hitler *(Völkischer Beobachter*, de 15 de enero de 1934) sacaba bien las cuentas: ¿qué costará la operación? Por cada hombre, al Estado tan sólo 20 marcos; a él, cuatro días de cama. Por cada mujer, al Estado, 50 marcos; a ella, siete días de cama por lo menos. Total, 14 millones de gastos para el Estado en la primera *razzia* prevista, de 400.000 esterilizables; y como muchísimo más habría de costarle el cuidar a todos estos enfermos, no cabe duda que es *negocio* tal género de supresión. *En diez, veinte o treinta años* (de práctica de la esterilización) *podremos comprobar que economizamos centenares de millones por la disminución de gastos de enfermedades hereditarias*, concluye el diario hitleriano. ¿Son éstos los que combatieron y desterraron al marxismo por su *concepción materialista?*

He aquí la Moral y el Derecho del racismo: únicos valores que se reconocen, los de vitalidad (18); criterio supremo, el de la selección zootécnica. ¿Quién habla de proteger al débil? Es preferible —¡y más barato!— acabar con él. La comunidad de los *Volksgenossen* va reduciéndose progresivamente (exclusión de los hombres de otra raza, esterilización de los enfermos y deficientes hereditarios, supresión violenta de los no conformistas...); y aun los que no han sido colocados todavía *fuera de la ley* se ven privados de vivir en régimen jurídico. *Wo ein Wille ist, da ist ein Weg.* Pero donde no hay más que *una* voluntad, todos los caminos practicables acaban por cerrarse; y no queda de un gran pueblo más que esto: *El Único y su propiedad.*

3

Un uomo che senza alcuna consulta potesse deliberare e senza alcuna appelaggione eseguire le sue deliberazioni.

NICCOLO MACCHIAVELLI,
Discorsi sopra la prima decada di Tito Livio, cap. XXXIII.

Los poderes del *Führer* superan y eclipsan a los que el florentino maestro de tiranos atribuía a la figura del dictador. El súbdito del Reich no asume

simplemente su papel de víctima sumisa, pasiva y paciente, de un jefe despótico; no es *Untertan,* sino *Mitkämpfer,* partícipe en la lucha, colaborador en el *movimiento* cuya conducción es de plena incumbencia del caudillo. La masa galvanizada y puesta en pie—y en marcha—sigue al guía que la dirige (israelíticamente, a pesar de su antisemitismo) hacia una nueva Tierra Prometida, hacia la *liberación del pueblo alemán,* al cual se trata de hacer creer que esa liberación colectiva vendrá por el emprendido camino de la pérdida de la libertad individual. ¿Cómo podrán ser todos libres en conjunto si todos, uno a uno, pierden la libertad? Este sofisma venía preparado por todos aquellos autores que sostenían ser la persona Estado, no ya cada ciudadano, titular de la libertad; sustituyendo a la *libertad del individuo,* como reivindicación fundamental, la *soberanía del pueblo,* concebida como la *libertad del Estado;* y afirmando que *sólo es libre el ciudadano de un Estado libre* (19).

Intencionada confusión de *pueblo* con *Estado,* que conduce a aquella otra de Estado e imperante, de conocido abolengo borbónico en su cínica expresión. El *Führerprinzip,* como base inmediata del *Führerstaat,* recoge y condensa todas las máximas del voluntarismo absolutista; empezando por las

romanas: *Sic volo, sic jubeo, sit pro ratione voluntas... Quod principi placuit legis habet vigorem.*

Helmut Nicolai critica por injusta la antes dominante doctrina, según la cual *Derecho es lo que está en las leyes o el Estado reconoce como Derecho* (20). La censura, que sería aceptable en crítico menos pragmático de lo que tiene que serlo forzosamente un nacionalsocialista, se vuelve contra él mismo y contra la nueva doctrina que representa. ¿Acaso es más perfecta la fórmula racista? Rosenberg echa mano del viejo proverbio: *Derecho es aquello que los hombres arios tienen por tal* (21). Antes, con la garantía de *Odín*, el dios supremo, *guardián del Derecho* y de los contratos (22). Ahora ni esa divina protección es necesaria, ni tampoco lo es que el pueblo *ario* asista con determinación alguna. Hitler lo suple todo; y sobran los hombres y los dioses. En boca de un profesor universitario, del prestigio (en algún tiempo bien merecido) de Carl Schmitt, han sonado palabras insólitas de jurista apóstata: *No nos dejemos engañar por una sofística antítesis de Política y Derecho y de Derecho y Fuerza; la voluntad del Führer es Derecho (der Wille des Führers Recht ist).* Y ante el Congreso de los Juristas alemanes, Schmitt invoca el nombre de *Adolfo Hitler, el Führer del pueblo alemán, cuya voluntad es*

hoy el «nomos» del pueblo alemán (23). Ante él se inmolan como hombres de Derecho quienes debieran defender la Justicia y no dudan en sacrificarla al mito nacionalsocialista; en la arenga final de aquel Congreso es el ministro Dr. Frank quien pronuncia el voto: *Los juristas alemanes juramos al Führer nuestra fidelidad y nuestra entrega hasta agotar las fuerzas en esta guerra santa por el Derecho, el eterno Derecho del pueblo alemán. Sobre las tumbas de los muertos en la guerra, sobre las tumbas de los caídos por nuestro movimiento, nosotros los juristas alemanes te saludamos—¡oh Führer!—con eterna fidelidad y abnegación de nosotros mismos. Puedes confiar en tus juristas alemanes! ¡Salve!* (24). El estruendo coral de los *Heil Hitler!* ahogaría en algunos juristas—de los que renunciaban a seguir siéndolo—el eco de *Ave Caesar!* de forzados en la Roma imperial marchando al sacrificio.

La ruta que conduce a los juristas oficiales u oficiosos de la Alemania nazi hacia la construcción doctrinal del *Führerprinzip* aparece cubierta de paradojas y de inconsecuencias. Podemos seguir aquélla y advertir éstas a través de un expositor autorizado: Karl Larenz (25). El *espíritu objetivo* a la manera como Hegel lo concibiera suscita una copiosa literatura (26), y surge a cada paso en exaltación

comunista contra el verdadero espíritu—que es el alma—de la persona: *el espíritu objetivo*—se sostiene—*nunca pertenece al individuo como tal, sino a la comunidad como totalidad de vida; es siempre también el espíritu de un determinado pueblo interiormente formado por la sangre y el destino.* Parece que ni siquiera se tiene en cuenta *quiénes* constituyen la comunidad y para qué y por qué los hombres viven socialmente: el hombre, *como miembro de su pueblo, de cuya vida depende* (y ¿por qué no al contrario?), solamente *a través de la sangre* participa del espíritu del pueblo, que incorpora a su vida (27). Y *contra el individuo aparece esa forma vital (la comunidad) como norma.* Esta nueva confusión trae graves consecuencias en el orden jurídico: No es admisible—escribe Larenz—hablar de que la comunidad viva *conforme* al Derecho, pues ello supondría cierto contraste entre el Derecho como regla y la vida de la comunidad, como si ésta mediante aquél hallase su existir (cosa que estima inconcebible: *der gerade zunächst einmal «nicht» gedacht werden soll).* No la comunidad, sino los particulares, han de vivir *según* el Derecho, porque ellos se encuentran en una cierta oposición a la comunidad y de ésta reciben su forma existencial *als eine ihnen gegenübertretende Norm;* la comuni-

dad, como un todo realmente existente, vive *en*, *por* y *para* su Derecho, que es una pieza de ella misma (28). La comunidad lo es todo; el individuo, la persona, ha perdido su propio ser y nada significa: *Du bist nichts, dein Volk ist alles,* clamaba Heinrich Lange en doméstica asamblea de juristas (29). Y como la raza es la *substancia creadora de un pueblo,* tarea fundamental del Derecho es protegerla – en Alemania – con toda la fuerza y contra todo el mundo (30). Para esta suprema misión, empresa de titanes, por encima del pueblo, representándole y dirigiéndole, se alza el mito sobrehumano del *Führer*. Suprimidos los derechos y la libertad del hombre-individuo para traspasarlos a la *comunidad* (nuevo ogro saturnal, devorador de sus propias criaturas), en la segunda etapa, creadora del *Führerprinzip,* se le arrebatan también a ella y se descubre el juego del *partido:* con la definitiva confusión de partido y pueblo y Estado y raza, Hitler asciende – vertiginosamente – a rango de semidiós.

Rechazando el antiguo positivismo se incurre en otro aún más bajamente materialista, que reduce *el Espíritu* a *la Sangre* y menosprecia el alma individual, en exaltación de una supuesta alma colectiva; pero en cuanto sitúa a la comunidad *más*

allá del bien y del mal, la suplanta por un caudillo que le arrebata—concentrando en sí mismo—todas las atribuciones, todo el poder y toda la fuerza de coacción. Partiendo de una crítica acerba de los principios de la Revolución francesa y de la doctrina rousseauniana, el nacionalsocialismo consagra, por el voluntarismo de la *Gemeinwille,* como última razón fundamental, el dogma de la ley expresión de la voluntad general (31). Salvo que a ésta no se le permite ni la entrada en escena libremente, pues en el *Führerstaat nadie más que el Führer puede adoptar la última decisión acerca de la validez de las normas; en él «la unidad de voluntad del pueblo y voluntad del Estado» tiene su más seguro representante y fiador; contra él no hace falta ninguna garantía para efectividad de la justicia (!!), ya que su condición de Führer está reforzada por la de guardián de la Constitución (Hüter der Verfassung); lo cual significa aquí que él personifica «la idea del Derecho concreto y no escrito de su pueblo»* (32). Toda la habilidad dialéctica de los sofistas de cámara resulta incapaz de sugerir en quien serenamente les lea, no ya la convicción de juridicidad, ni siquiera la de limpieza de juego. Ejemplo, esta argumentación en falsete: *el Führer quiere despertar y sostener una viviente voluntad común; para eso hay que saber*

comprender su palabra no como letra muerta, sino como expresión de la voluntad común... El juez está obligado a poner en vigor cada ley que ha de reconocerse y aplicarse como Derecho, con la voluntad del Führer; y tiene que aplicarla con el espíritu del Führer... Ni la ley se sostiene en su aislamiento, ni el Derecho se agota en la ley, sino en el Estado popular (33). Ya hemos visto a lo que se reduce el Estado popular en la concepción del *Führerstaat:* si al principio se partía de la máxima *el individuo es nada, el pueblo es todo,* bien pronto el pueblo no significa nada, bajo *un* individuo que lo es todo.

El nacionalsocialismo pretende superar con una nueva (y específicamente alemana) idea del Derecho, la idea cristiana medieval, la del Derecho natural y el individualismo de la Revolución francesa. Y pone gran empeño en desarraigar la concepción de la justicia fundada en la igualdad esencial de los hombres y en la garantía jurídica de su libertad. En cambio, introduce la idea de responsabilidad (en sustitución del pensamiento de libertad) y la de comunidad, en la que se borra la pretensión individual de igualdad y se llega a desterrar el concepto fundamental de *persona,* sujeto de derechos y de deberes, sustituyéndolo por el de *Rechtsgenosse,* que haga a cada uno sentirse *miembro* de la

comunidad *(Gliedhäftigkeit). El supremo bien jurídico no es la libertad ni el bienestar de los particulares, sino el pueblo y el Estado como unidad de querer que por la sangre y la tierra, la cultura y la historia, moldean la comunidad nacional.* En la cumbre, no la Norma objetiva, ni el Derecho natural, ni el ideal de la Justicia, sino un hombre, un fetiche –infalible y legalmente irresponsable–, cuya voluntad se reconoce, *a priori,* ser la del pueblo: *«una personalidad», la del Führer, que encarna en el puesto decisivo la voluntad de la colectividad...; que «no ha de obedecer a norma alguna» a él dirigida, sino a la ley de vida de la comunidad, que «en él» se hace «carne» y «sangre». Su voluntad es una con la de la comunidad, porque en él se ha extinguido por completo el hombre privado y no persigue otra cosa que el interés común* (34).

Si la antigua doctrina legitimista ligaba el interés de la institución real o de la dinastía a los intereses generales del país, la *Führertum* identifica éstos con la voluntad omnipotente y el arbitrio del jefe. Y aún se pretende considerar al tercer Reich como un Estado de Derecho (35). Para ello les ha sido preciso a los juristas nazis romper una vez más las tablas de valores y elaborar, a la medida del Estado racista de fuerza, una peregrina teoría jurí-

dica, nueva moneda falsa puesta en circulación por el mundo, con gran aceptación entre las gentes sin escrúpulos.

Titular del poder del Reich es el Reichsführer; y *el poder del Reich sirve al pueblo alemán* (36). El *pueblo,* cuya mera invocación parece legitimarlo todo, es—como valor vital, biológico—un *valor infrapersonal,* escribe Legaz: identificado biológica y políticamente con la raza, es naturaleza. Y esa primacía atribuída a la raza, que implica una inversión de valores, está lejos de ser un valor ético; es, justamente, un criterio inmoral, que significa una regresión (37). En el nombre del pueblo, la *justicia revolucionaria* instituía no ha mucho el *Tribunal del pueblo,* órgano dictatorial para realizar sin trabas el sanguinario designio del racismo desde 1918: *las cabezas rodarán por el suelo.* Por la *protección del pueblo* se fingió oficialmente *legitimar* los asesinatos del 30 de junio y toda la cruenta operación en aquella fecha iniciada para *limpiar* al partido de los que—acusados de conspiración y sorprendidos algunos en actos vergonzosos—habían *faltado a la fidelidad al Führer* y por orden directa del supremo ofendido (sustraído el fallo a todo Tribunal, aun al *del pueblo)* fueron ejecutados. Sin pruebas, sin justificantes, todas las muertes de aquellos días del

terror pardo, aun las de los más inocentes (la esposa de Schleicher, Klausener, Probst...), fueron declaradas, *por su necesidad, de defensa jurídica;* y según el ministro de Justicia, *no sólo deben considerarse como jurídicas, sino como deber estatal.* No importaba que muchos fueran ejecutados precisamente a pretexto de realización de actos de *terror* nazi alentados en meses anteriores por el propio Hitler; ni que hubieran logrado en el partido ascensos por la misma conducta que luego se les echa en rostro para descrédito de su memoria y honor del Führer purificador (que había estado tanto tiempo tolerando sus escándalos y felicitándoles con frecuencia por su acierto en secundarle en la táctica del *movimiento).* Llega un día en que estorban, y son sacrificados. Y si los maliciosos se preguntan quiénes—matadores o víctimas—representaban la pureza de la raza nórdica, ahí están para sacarles de dudas las últimas investigaciones, que descubren algunas gotas de sangre semita en la genealogía de los sacrificados, tenidos antes por exponentes ejemplares de la pura sangre aria. Al dictador puede aplicarse aquel severo juicio que Nietzsche refería al *Estado: He aquí el nombre del más frío de los monstruos. Miente, también, fríamente, y su boca deja escapar esta mentira: Yo, el Estado, soy el pueblo* (38). Esta... y bastantes más.

4

Nein, eine Grenze hat Tyrannenmacht;
Wenn der Bedrückte nirgends Recht kann finden,
Wenn unerträglich wird die Last – greift er
hinauf getrosten Mutes in den Himmel
Und holt herunter seine ewigen Rechte
Die droben hängen unveräusserlich
Und unzerbrechlich wie die Sterne. (39)

SCHILLER: *Wilhelm Tell,* v. 1.275 ss.

Hay que apelar a lo alto contra las injusticias de lo bajo, oponer al primado de la acción *(am Anfang war die Tat,* decía Goethe) el del espíritu *(Logos* o *Verbo),* vencer a la animalidad (selección racial, derecho del más fuerte) por el pensamiento (ideal de justicia en una humanidad fraterna). Cuando la palabra es de salvación (no el *sálvese quien pueda,* sino el *salvémonos todos),* para dominar el estruendo de la barbarie habrá que levantar la voz; y para hacerse oír de todos, nada como poner *el grito en el cielo.* Esto es lo que se ha hecho, en medio de la creciente marea racista, por quienes mejor podían realizarlo, por quienes tenían sobre sí la inmensa responsabilidad de la Palabra que ilumina y rescata. El grito en el cielo lo han puesto los Obispos. Y era ello tan natural, que ha sorprendido al mundo.

Cuando todo lo que acontece sea pasado, y las desatadas furias de la selva de Teutoburgo se esfumen en el eco de un viento ya lejano, quedarán para siempre unos nombres de obispos que bien supieron serlo alzando—ante la nueva mítica pagana de la raza—su gran voz protestante de católicos; serena voz paterna, de advertencia y condena; de salvación del Hombre, en riesgo de naufragio en peligrosas tinieblas ancestrales.

Acaso no haya hoy sobre la tierra pueblo más disciplinado que el de Alemania (con doble disciplina, de orden y de castigo); y quienes, a distancia, contemplamos el aplanador conformismo actual, apenas podemos concebir cómo surgiese precisamente allí el Protestantismo. Allí, y no—por ejemplo—en esta España nuestra, de pueblo tan anárquico que nunca ha tenido la moderación de quedarse en liberal. El conformismo con la nueva paganía racista halló también adeptos en los medios cristianos (40), aunque la mayoría en ellos sufriese en silencio—forzado silencio—toda suerte de vejámenes, apenas asomara la más mínima y pasiva resistencia a la obligada *sincronización* del pueblo alemán. Pero la situación de los fieles cristianos se iba haciendo cada día más difícil, a medida que el racismo se afincaba en sus posiciones invadiendo el

dominio del espíritu y tratando de someter a su control toda la vida cultural germánica.

Ya en el primer aniversario de la llegada al Poder, Hitler se jactaba ante su *claque* del Reichstag de haber derribado y eliminado a todos los partidos y, con ellos, a las representaciones de *la burguesa clase media, de los intereses del catolicismo, de la misión de un socialismo evangélico y «hasta la misma representación de nuestro descastado intelectualismo; todos han desaparecido»*. Su elogio sin reservas a la *guardia parda, que ha preparado la resurrección alemana «casi sin derramamiento de sangre», ejecutándola y llevándola a término con una «mesura sin ejemplo»*, se completaba con esta amenaza: *la «fusión del partido y del Estado», del pueblo y del Reich, no ha concluído;* y esta conminación a sus servidores: *El Reichstag alemán, aprobando «en esta misma sesión» una nueva Ley del Gobierno, «tendrá que dar el legal poder discrecional para continuar la revolución nacionalsocialista»* (41). Pocos meses después, el *coro* reaparece en escena... para aprobar igualmente la muerte sin proceso de quienes (algunos, también diputados) secundaban aquel voto, impulsando—y con poderes bien discrecionales—el desarrollo lógico de la revolución que había que *continuar*.

La lucha en el terreno de la enseñanza presentaba aspectos tan chocantes como la obligatoriedad del *Mito* de Rosenberg. A toda costa se había de suscitar en la juventud estudiantil una mentalidad racista. Y desde el Ministerio del Interior, Frick *dispone* un día cómo debe enseñarse la Historia: a impulso de *la idea heroica tal como la concibieron los antiguos germanos, pero en relación con la idea moderna del jefe;* se dará a los alumnos el tono heroico de la vida *que les dotará de fuerzas siempre nuevas en nuestra «lucha por nuestra existencia nacional» en medio de un «mundo enemigo»*. Hay que convencerles de que *la cultura es creación de la raza* y *«la historia de Europa» es la «obra de los pueblos de raza nórdica»* (42). Otro día, dirigiéndose a los estudiantes para explicarles la nueva constitución en los cuadros del partido, trata de inculcarles la desmoralizante idea de que en ellos lo accesorio es el estudio y lo principal la política: *La «Deutsche Studentenschaft», que representa al conjunto de los estudiantes, garantiza que todos ellos cumplan sus deberes en la escuela, en el pueblo y en el Estado. Tiene por tarea prepararles a ser hombres alemanes conscientes del honor y aptos para la defensa, mediante la «obligación del servicio en las Secciones de Asalto» y del servicio de trabajo, así como por la «educación políti-*

ca...» Ha de «coger al estudiante que no hace más que estudiar», que no vive sino para sus estudios, «sacarle del estrecho horizonte del aula», de la especialidad, de la corporación..., «del mundo abstracto de los conceptos y de la reflexión científica»; y llevarle sin descanso a la realidad del pueblo, haciéndole tomar parte—durante sus estudios—en toda la amplitud y profundidad de vida del pueblo alemán (43). Ya sabemos lo que esto quiere significar para educadores nazis.

En un precedente ensayo, publicado en esta misma revista (núm. 5), estudiábamos los principios anticristianos del racismo que le caracterizan como *Una mitología política.* Cuanto hace un año aquí escribíamos ha tenido, al correr de los meses siguientes, confirmación y agravación; la actitud benévolamente expectante del Catolicismo a raíz de la conclusión del Concordato se vió bien pronto defraudada y burlada por la nueva ofensiva paganizante. Multitud forman ya los católicos alemanes que en prisiones teutónicas o en campos de concentración, cuando no en forzado exilio, sufren vicisitudes análogas a las de los judíos, comunistas y socialistas, perseguidos por la monocracia imperante. Y hoy cuentan ya con mártires: las *cenizas* de Klausener y Probst, esparcidas a todos los vientos, serán

perenne acusación contra un régimen sanguinario que no vacila en suprimir a quienes no puede sojuzgar. De esta forma de *criminalidad desde arriba* abundan de tal modo las pruebas en todos los sectores perseguidos, que la reprobación del mundo entero ha bloqueado al hitlerismo y le habría hecho entrar en razón si alguna vez la hubiera ya tenido.

Pero la oposición doctrinal de la Iglesia docente es muy anterior a la última hora de dolor en los cuerpos; la condenación episcopal de la ideología racista en la oposición, subsistió expresamente y se reiteró en cuanto al fondo cultural, ético y seudoreligioso, del nacionalsocialismo en el poder con ambición totalitaria. El *Indice* romano incluye en su censura los escritos de Rosenberg, orientador cultural y dictador supremo de la educación oficial en Alemania, casi al mismo tiempo que aplica igual medida a los de Gentile, de semejante representación—aunque de mucho mayor talla—en Italia. Y los prelados alemanes mantienen, con la causa de las libertades religiosas, la causa general de la Libertad contra la Dictadura. En ellos y por ellos revive aquella tradición de los siglos XVI y XVII, en que eran los teólogos quienes contra el absolutismo de los príncipes alegaban la vigencia superior de los derechos naturales de la personalidad, los más tarde

llamados derechos del hombre y del ciudadano; invocando aquel *derecho que ha nacido con nosotros y del que, desgraciadamente, nunca se trata (vom Rechte dass mit uns geboren ist - von dem ist leider nie die Frage),* que dirá luego un gran alemán, Goethe.

El 25 de enero último, el ministro de cultos de Baviera, Schemm, en un discurso a los maestros, invitaba a las confesiones cristianas (a la católica como a la protestante) a *completar* su noción de Dios con la noción de raza; ya que *si no comprenden la comunidad racista del pueblo, no podrán darle la noción interior de Dios.* Eran los días en que toda Alemania se hallaba conmovida por la publicación de los sermones del Cardenal Faulhaber en Munich (predicados en los cuatro domingos de Adviento y en la noche de San Silvestre). Firme, como la roca de Pedro, el antiguo profesor de las Universidades de Wurzburgo y Estrasburgo, especializado desde su cátedra en la Sagrada Escritura del Antiguo Testamento, aleccionaba al pueblo muniqués en el púlpito de San Miguel, y a todos los católicos de lengua alemana con la edición de sus sermones sobre *Judaísmo, Cristianismo y Germanismo* (44). Una tempestad de críticas violentas y aun de amenazas personales se desató contra el Carde-

nal, en las alturas oficiales y en la prensa servilmente *sincronizada*. Rosenberg (uno de los principalmente afectados) se revuelve contra *la hostilidad de la Iglesia al racismo* y los *graves ataques al período prehistórico de la historia alemana* (!); para terminar afirmando que *para el Tercer Reich, no es Carlomagno, como quiere Faulhaber, el creador decisivo del pueblo germánico, sino Witikind, el representante de la idea del Reich que se ha transmitido... hasta Adolfo Hitler* (45). El ministro bávaro Esser halla *literalmente irritante que el Cardenal Faulhaber no se haya aún decidido a hacer una profesión de fe sincera y sin reservas en favor del nuevo régimen, y que, por el contrario, se dedique a pronunciar sermones... propicios a provocar—en muchos—conflictos de conciencia, comprometiendo así la unidad interior del pueblo, apenas realizada* (46).

Mérito doctrinal y valor personal de los sermones de Munich es el haber no solamente reivindicado el Cristianismo frente al Neopaganismo racista, sino también y al propio tiempo contrastado el Judaísmo y el Germanismo, defendiendo la superioridad de la religión israelita sobre el antiguo paganismo nórdico que se pretende restaurar. Los valores religiosos, morales y sociales contenidos en el Antiguo Testamento encontraron realización acabada en

el Evangelio cristiano, pero por sí mismos hicieron del pueblo judío una comunidad nacional con instituciones incomparablemente superiores a las de los primitivos germanos, cuyas costumbres (sacrificios humanos ofrecidos a Ziu, dios de la guerra; holgazanería, afición a la bebida, continuas luchas entre sí, supersticiones) había descrito, en su *Germania,* Tácito. *Yo no podría comprender mi religión* — decía a un israelita el Cardenal Manning — *si no venerase la vuestra.* Frente a los narradores de leyendas, profetas aventureros del nazismo, que tratan de arrancar al judaísmo sus títulos de mayor excelsitud (la inspiración divina de sus Libros Sagrados y la Persona de Cristo, de la que quieren hacer un tipo ario heroico), el Cardenal Faulhaber esgrime dialécticamente la Historia, para la cual nada altera en el humano linaje de Jesús el hecho que vagamente aducen aquéllos, de existir tribus arias en Galilea; pues aunque los galileos, como pueblo fronterizo, eran pueblo de mezcla, Jesucristo nació en Belén, la ciudad de David, en dominios de la tribu de Judá, y fué inscrito en los registros como descendiente de David. El primer capítulo del primer Evangelio, da la genealogía de Cristo, de la estirpe de David y de Abrahám. Y si los Libros del Antiguo Testamento no hubieran sido inspirados por Dios,

habría de decirse al pueblo judío: eres la raza más genial de la historia del mundo (47). Este es el dilema para los racistas germanos: o creer en el carácter sagrado de la Escritura, o reconocer como pueblo superior al israelita, contra el cual todo su menosprecio se vuelca.

Valerosamente, en medio tan hostil a sus tesis, va mostrando el Cardenal de Munich cómo el racismo actual ha tomado por modelo al pueblo de Israel tan sólo en sus peores defectos: el orgullo de la sangre y de la raza, la venganza de sangre, el fariseísmo de creerse mejor que los demás pueblos... Por lo que el *los vom Alten Testament* del nacionalsocialismo sólo puede significar para nosotros: apartémonos de lo que fueron Cam y Onán, del fariseísmo de los que ven únicamente la luz en el propio pueblo y la sombra en los otros, de los odios y venganzas de la antigüedad judía (48); es decir, de muchas cosas de las que el racismo está lejos de apartarse. Por el Cristianismo se elevaron los germanos al estado de cultura *(Durch das Christentum wurden die Germanen Kulturvolk)*, prosigue la cerrada argumentación del cardenal: Fueron los monjes de San Benito quienes enseñaron a nuestros antepasados la agricultura y los oficios manuales, y las bellas artes al servicio de la liturgia; introduciendo

en ellos la vida del espíritu, despertaron nuevas fuerzas creadoras de cultura; y las letras cristianas culminan, en el siglo IX, con *Heliand*. Los antiguos germanos adoraban multitud de dioses: Mercurio y Hércules, Donar y Wotan, Tuisko y Thor, Castor y Pollux; y también divinidades femeninas: la Madre de la Tierra y Freia. Pero una parte de esas divinidades procedía de fuera de la tierra germánica; había sido tomada del Panteón de los romanos. *Si la Gracia de Dios nos ha librado del paganismo ruso, no será para dejarnos hundir en un paganismo germánico;* y nunca podemos olvidar que *no hemos sido redimidos con sangre alemana, sino con la preciosa Sangre de nuestro Señor crucificado* (49).

La nueva *fe* pagana de la *iglesia* racista, en los dogmas fantásticos de Rosenberg y Bergmann, es *algo más peligroso que el movimiento de los «sin Dios»*, según afirma un jesuíta español a la vista del nuevo libro de Bergmann *(25 Theses der Deutschereligion)* (50). Su inmoralismo ha sido y sigue siendo condenado por los obispos alemanes, en nombre de la Moral cristiana; últimamente, en aquella Pastoral colectiva redactada en Fulda el 7 de junio, tan oportuna... que no pudo ser publicada en el Reich ni leída en los púlpitos de las iglesias alemanas (51).

Hace algún tiempo, para contrarrestar las críticas cristianas, el ministro de Propaganda del Reich resolvió simplemente que *no existiendo neopaganismo en Alemania, la Prensa no podía en adelante estampar ese término*. En la Carta pastoral de Fulda, los prelados insisten en denunciar la *doctrina del nuevo paganismo,* como *radical negación del Cristianismo en la totalidad de su doctrina, de su moral, de su santidad. Es un ataque a la cultura cristiana edificada en mil años por lo mejor de nuestro pueblo; y el deber de la vigilancia no nos deja callar.*

Al defender la Iglesia la pureza de las creencias, afirma los principios de su moral; y al salvaguardar los principios éticos de la conducta, trabaja también por los derechos de la persona humana. Ésta *conserva su valor propio frente al Estado* (afirma el Cardenal Faulhaber); y el individuo no puede ser desvalorizado, ni expropiado o privado de sus derechos en provecho del Estado; no puede anularse ni convertirse en esclavo, sin derechos, del Estado (52).

El Estado moderno—o modernista, vanidoso de totalitarismo—tiende a convertirse, a invertirse, en máquina terrible de opresión de la *persona;* y sólo en el mundo del espíritu se reconocen y se defienden, contra todo materialismo, los valores perennes

de humanidad. La nueva crisis del Derecho en el Estado no se resuelve sino a través de la metafísica; porque el Estado fuerte niega ya francamente el Derecho y, con él, la Libertad. ¡Aun como teoría! Si buscamos en un reciente libro, clasificado resumen de la doctrina fascista (53), el artículo que nos oriente sobre su concepción del Derecho, nos hallamos con esta sola línea, sorprendente: *Diritto* (vedi *Dovere)*.

ALFREDO MENDIZABAL

NOTAS

(1) *Deutscher Juristentag 1933. 4. Reichstagung des Bundes Nationalsozialistischer Deutscher Juristen*. Ansprachen und Fachvorträge. Berlín, 1933, págs. 8-9.

(2) Prof. Ernst Beling: *Revolution und Recht,* Augsburg, 1923, pág. 11.

(3) Oberregierungsrat Schraut, *Volk, Staat und Recht,* discurso en la sesión del 2 de octubre. *Deutscher Juristentag 1933,* pág. 148.

(4) Idem, pág. 150.

(5) *Es gibt schlechthin nichts, was von uns, was von den neuen Staat nicht unter dem Gesichtspunkte der Rasse betrachtet und gewertet wird. (Rasse und Recht,* discurso del *Reichsfachgruppenleiter* Dr. Nicolai, *Deutscher Juristentag 1933,* pág. 159.)

(6) Idem, págs. 168-169.

(7) Idem, pág. 180.

(8) Discurso del Dr. Frank el 3 de octubre; *Deutscher Juristentag 1933*, pág. 316.

(9) *El Derecho es un bien común — que se encuentra en todo hijo del mundo — y fluye en nosotros como sangre del corazón.*

(10) *Die rassengesetzliche Rechtslehre, Grundzüge einer nationalsozialistischen Rechtsphilosophie;* Heft 39 der Nationalsozialistischen Bibliothek. 3. Aufl. München, 1934.

(11) Luis Legaz y Lacambra: *La Filosofía jurídica del Nacionalsocialismo*. Extr. de la revista *Universidad,* Zaragoza, 1934, 48 páginas.

(12) Forst de Battaglia, en un sugestivo estudio titulado *Le Mystère du Sang (La Vie Intellectuelle,* 10 y 25 enero 1934, págs. 88-115 y 273-302), examina francamente y con auxilio de preciosos datos el valor científico de la teoría de las razas; advirtiendo, en primer lugar, que por ser ley matemática sin excepción el incremento progresivo y regular del número de antepasados directos de cada sujeto, duplicados a cada generación que se remonte, existe una antinomia entre esta sencilla verdad y el hecho de que a partir de cierta época no habría en el mundo entero bastantes individuos para llenar los lugares de una tabla ascendente. Cerca de doce siglos nos separan de Carlomagno y, en ellos, cuarenta generaciones, que dan más de un billón de ascendientes; pero como en el siglo VIII la tierra no albergaba más de cien millones de habitantes, la población total del mundo representaba tan sólo la diezmilésima parte del número de lugares que en una tabla de ascendientes de un hombre de hoy deberían contarse. Dificultad, sin embargo, aparente nada más, puesto que de modo bien simple se salva por la

consideración del fenómeno universal de la endogamia que determina una comunidad de ascendientes y hace alejarse bien pronto de la cifra teórica la real de ascendientes. En cuanto el autor se remonta a la 14.ª generación ascendente en una tabla genealógica de príncipes alemanes modernos, el número de antepasados directos queda reducido a la décima parte de la cifra teórica correspondiente: índice claro del grado de endogamia que alcanzaron ciertas casas reinantes, que explica asimismo algunas de sus taras biológicas, como las que—procedentes de Juana la Loca—halla el investigador en las extrañas aberraciones del duque Guillermo de Brunsvick, en las anomalías de la casa de Wittelsbach y en las *bizarrías* de varios Hohenzollern.

Si todo individuo, como toda nación, tiene en sí una mezcla de sangre extranjera, en las genealogías de los príncipes puede seguirse con mayor claridad y valorarse con particular exactitud la confluencia de sangres de diversa procedencia. En sólo diez generaciones de ancestrales de la emperatriz María Teresa de Austria se encuentran: 641 alemanes, 89 franceses, 75 españoles, 46 checos, 45 portugueses, 41 polacos, 19 italianos, 16 ingleses, 15 rusos, 15 lituanos, 11 daneses, 7 holandeses, 2 yugoslavos y 2 húngaros. Forst de Battaglia aduce curiosísimos datos de cómo las dinastías católicas llevaban también sangre de Mahoma, y las protestantes, de Gengis-Kahn; de las familias reales alemanas injertas en la raza amarilla, por la sangre mongólica incorporada a ellas a través de los Arpad de Hungría; de ciertos pontífices (Inocencio VIII, Alejandro VI, Paulo III) cuya descendencia ilegítima se abrió caminos de trono, así como *los cardenales son legión entre los ascendientes*

de la familia europea de los príncipes; de revolucionarios antecesores directos de reyes que fueron víctimas de la revolución (Luis XVI desciende de Etienne Marcel), y de favoritas (Inés Sorel, Diana de Poitiers, Gabriela d'Estrées, Madame de Montespan...), abuelas de los reyes de Francia, de España y de Italia y de los emperadores de Austria. Un proletario auténtico, el barbero francés Babou, figura entre los ascendientes de todas las dinastías católicas de Europa.

Moltke, tenido por prototipo de la raza nórdica, contaba con abuelos franceses, mediterráneos... (O. Forst de Battaglia, loc. cit., págs. 101-102, 273-274, 98-99, 291, 109, 112-115, 108, 290).

(13) H. C. E. Zacharias: *Qui sont les véritables Aryens? (La Vie Intellectuelle,* 10 junio 1934, págs. 272-285).

(14) Idem, págs. 284-285.

(15) A. Rosenberg: *Der Mythus des 20. Jahrhunderts,* Eine Wertung der seelisch-geistigen Gestaltenkämpfe unserer Zeit; 33.-34. Aufl. München, 1934, páginas 290-291.

(16) *Der Mythus des 20. Jahrhunderts,* pág. 576.

(17) En 410.600 cifraban los *técnicos* el número de alemanes que, por de pronto, habrían de ser sometidos a la esterilización, por padecer alguna de las nueve enfermedades hereditarias que en la ley se señalan. De aquel total calculaban en 200.000 los idiotas y en 80.000 los esquizofrénicos.

(18) Cf. el artículo del P. Ulpiano López, *Razzismo e Cristianesimo di fronte ai malati ereditari,* en *La Civiltà Cattolica,* 27 abril 1934, págs. 237-252.

(19) Cit. por Hans Kelsen, *La Democratie: sa nature, sa valeur;* trad. fr., París, 1932, pág. 12.

(20) *Die rassengestzliche Rechtslehre,* pág. 25 ss.

(21) *Der Mythus,* pág. 571.
(22) Idem, pág. 598.
(23) Staatsrat Universitäts professor Dr. Carl Schmitt, *Der Neubau des Staates- und Verwaltungsrechts;* discurso del día 3 de octubre, en *Deutscher Juristentag 1933,* pág. 252.
(24) *Deutscher Juristentag 1933,* pág. 323.
(25) La colección *Recht u. Staat in Geschichte und Gegenwart* ha publicado en su núm. 109 el estudio de Larenz, *Deutsche Rechtserneuerung und Rechtsphilosophie;* Tübingen, 1934.
(26) H. Freyer: *Theorie des objektiven Geistes* y *Soziologie als Wirklichkeitswissenschaft.* Th. Litt: *Individuum und Gemeinschaft* y *Einleitung in die Philosophie.* N. Hartmann: *Das Problem des geistigen Seins.* Rothacker: *Einleitung in die Geisteswissenschaften.* Holstein-Larenz: *Staatsphilosophie.*
(27) Karl Larenz: *Deutsche Rechtserneuerung und Rechtsphilosophie,* págs. 16-17 y 23.
(28) Idem, págs. 26, 19-20.
(29) H. Lange: *Justizreform und deutscher Richter,* en *Deutscher Juristentag 1933,* pág. 186.
(30) Discurso-programa del Dr. Frank (Führer des BNSDJ.), en ídem, pág. 21.
(31) *Die ideelle Geltung der Norm und die reale Geltung im Sinne des Beflogtwerdens beruhen hiernach auf demselben Grunde, besser, sie sind* Erscheinungsformen ein und derselben Wirklichkeit: *des Gemeinwillens. Das Gesetz verpflichtet den Einzelnen, weil es Gemeinwille ist, und es wird im ganzen befolgt, weil es im Wesen des Gemeinwillens liegt, sich zu verwirklichen.* (Karl Larenz: *Deutsche Rechtserneuerung und Rechtsphilosophie,* pág. 30.)
(32) Larenz: ob. cit., pág. 34.

(33) Idem, pág. 36.
(34) Idem, págs. 38-40, 43-44.
(35) H. Nicolai, *Die rassengesetzliche Rechtslehre,* reprochaba en 1932 al poder del Estado el no ser poder jurídico, sino fundado en la fuerza (pág. 55), y anunciaba el Tercer Reich como un Estado de Derecho: *wird das Dritte Reich ein Rechtsstaat sein* (pág. 59).
(36) H. Nicolai: *Grundlagen der kommenden Verfassung,* 1933, pág. 30.
(37) L. Legaz: *La Filosofía jurídica del Nacionalsocialismo,* conclusión.
(38) *Also sprach Zarathustra,* primera parte.
(39) *El poder del tirano tiene un límite; – cuando en ninguna parte el oprimido puede encontrar Derecho, – cuando la carga se hace insoportable, – con ánimo confiado se levanta y asiéndose al cielo – recoge sus eternos derechos – que allá en lo alto, inalienables – e infrangibles, penden como las estrellas.*
(40) Sobre las diversas actitudes entre los luteranos, véanse las notas y artículos publicados en *Cruz y Raya* por Eugenio Imaz, en particular el certero estudio del número 9, titulado *A Dios por razón de Estado.* Entre los católicos, la Liga *Kreuz und Adler* agrupó a los simpatizantes con el nuevo régimen, dispuestos a una colaboración positiva, a remolque del vicecanciller von Papen. Pronto fueron absorbidos y disueltos en la *Asociación de los alemanes católicos (Arbeitsgemeinschaft katholischer Deutscher),* creada por el partido nazi, y en la que el delegado del *Führer,* el *protestante* Rudolf Hess, nombraba los jefes, que habrán de ser en todo caso militantes veteranos del nacionalsocialismo; es decir—como advierte Kurt Türmer—, *gentes que eran nacionalsocialistas cuando el episcopado lo había prohibido formalmente a los*

católicos. Para evitar todo error derivado del nombre pretencioso de esta organización, Türmer la clasifica como *un órgano del Estado y del partido nazi*. (Cf. *La Vie Intellectuelle*, 10 mayo 1934, páginas 390-392.)

(41) *Un año de nacionalsocialismo en Alemania*, discurso del canciller Adolf Hitler ante el Reichstag el 30 de enero de 1934 (edición española, Berlín, Liebheit & Thiesen), págs. 12, 20-21.

(42) *Völkischer Beobachter* de 27 de julio de 1933.

(43) Idem de 8 de febrero de 1934.

(44) Kardinal Faulhaber: *Judentum, Christentum, Germanentum;* Adventspredigten gehalten in St. Michael zu München 1933. 124 páginas (Graphische Kunstanstalt, A. Huber, München, 1934).

(45) Discurso de Rosenberg en Hannover el 22 de enero de 1934.

(46) Extr. del *Völkischer Beobachter*, 28 enero 1934.

(47) *Judentum, Christentum, Germanentum*, págs. 8, 20 y 76.

(48) Idem, págs. 24, 44-46, 51-52.

(49) Idem, págs. 104-105, 114, 118, 122.

(50) M. Aguirre Elgorriaga: *Crisis de ideas en el Tercer Imperio alemán. Razón y Fe*, junio 1934, págs. 159-161.

(51) Su texto, de valor ejemplar, lo hallamos en las Hojas de Informaciones Internacionales *(Internationale Nachrichten*, Neue Ausgabe, núm. 3), edit. en París.

(52) *Judentum, Christentum, Germanentum*, págs. 62-63.

(53) Amerigo Montemaggiori: *Dizionario della Dottrina Fascista* (774 páginas). Torino, 1934.

COVENTRY PATMORE

A Captain of Song.

F. Thompson.

FIEL

Coventry Patmore nace en el Essex, el año 1823. Hijo mimado de un escritor mundano, logra favorable acogida para sus primeros primores de vástago amaestrado: *Poems,* 1844. Pero un mal día Coventry se encuentra en el arroyo, sin pan y sin amo. Noctívago, seguía—*como un perro,* dice—a Tennyson en sus paseatas por las calles. Al fin, le hacen caseta en el British Museum. Publica un nuevo libro: *El Campanario de Tamerton (Tamerton Church Tower,* 1853). Poco después casa con una puritana de pelo partido y alma cerrada: *El Angel del Hogar,* poema en cuatro partes sucesivas: *Noviazgo, Esponsalicio, Por siempre fiel* y *Triunfos de Amor (The Angel in the House: The Betrothal,* 1854; *The Esponsals,* 1856; *Faithful for Ever,* 1860; *The Victories of Love,* 1863). Pero deja su ambiente—Ruskin, Rossetti—por dar con realidades menos prerrafaelistas. Adiós al ángel del hogar: la esposa muere y el poema sigue una trayectoria análoga a las *Golondrinas* de Bécquer. Patmore se aparta de la poesía y deja *el puritanismo a los puritanos.* En Roma abraza, el año 1864, la fe católica.

Atraído por una mujer a la que creyó pobre y resultó hacendada, se casa nuevamente. Regenta su patrimonio, en el Sussex, con tanto acierto que llega a redactar un libro, fruto de su destreza administrativa. Logra entonces cierta holgura para consagrarse a la elaboración del poema *Eros desconocido*

y de esas odas que le pierden el favor de su público captándole, a cambio, el de los iniciados *(The Unknown Eros and other Odes* y *Amelia,* 1877).

Peregrina, romero; funda obras pías—con las que compensa, quizá, su mordaz anticlericalismo. Ha casado por última vez (1881) y, a los sesenta años, tiene un hijo. Quema su *Sponsa Dei* por un escrúpulo de ortodoxia (1887). Deja otras obras en prosa: *Principle in Art and other Essays,* 1889; *Religio Poetæ,* 1893; *The Rod, the Root and the Flower,* 1895. Y dedica los últimos años a su magno poema, del que sólo habría de dejar fragmentos, notas y esbozos. *El Matrimonio de la Santísima Virgen (The Marriage of the Blessed Virgin)* constituye la clave de su amor, de su lirismo y de su credo.

El año 1896 muere, terciario franciscano.

Poco antes trabó honda amistad con Alice Meynell y con Francis Thompson—el poeta de *El Lebrel Celestial*—, que le consideraba como al *genio más grande de su siglo*—frase tópica entre las eminencias entonces—y le llamaba *inmensidad oceánica del intelecto.*

Basil Champneys había de publicar, en 1900, dos tomos de *Memorias y Correspondencia* de Patmore y de reeditar los *Poems,* 1906. Alice Meynell imprime y prologa *El Angel del Hogar,* 1905. En 1921 ven la luz *Courage in Politcs,* nuevos ensayos, y otra vez los *Poemas.* Han dedicado sendos libros a la obra de Patmore: Edmund Gosse, 1905; Osbert Burdet, 1921, y Frederic Page, 1933, e importantes estudios: Aubrey de Vere, Symons, Valery Larbaud, Ch. du Bos, A. de la Gorce, etc.

Claudel ha traducido sus poemas magníficamente, y—oponiéndole a Hugo—ha subrayado la certera aversión de Patmore hacia el concepto de Infinito:

The «Infinite» Word horrible!

De Fitz Maurice-Kelly a F. Page la crítica ha denunciado la huella de San Juan de la Cruz y de Calderón en Patmore,

y si ha podido decirse, de sus módulos, que *hubieron de alentar su júbilo en Calderón y en San Juan de la Cruz su apasionamiento,* fué porque el propio Patmore—aficionado a Calderón como lo fuera Crashaw a Santa Teresa—dejó dicho que *su lectura equivalía a la adquisición de un nuevo sentido,* y encontró, en nuestros clásicos, esa *síntesis completa de gravedad material y de alborozo de estilo que constituye la corona espléndida del arte.*

Siendo poética la principal obra de Patmore, hemos preferido, en su prosa, al ensayo, el aforismo—que tan cabalmente expresa a este espíritu enjuto y encendido. Hállanse algunos en sus notas y en el libro que tituló *El tallo, la raíz y la flor,* equiparado por Read a los *Pensamientos* de Pascal.

Pero quizás el título que podría valerle por lema, entre los suyos, es el de *Faithful for ever:* fiel porque guardó la fe con adhesión perruna; fiel porque, en las oscilaciones de su vida, señaló siempre, con obstinación, la realidad grave y perenne que apetecía vorazmente.

No fué ni más ni menos. Nacido en la fortuna, conoció la miseria; la opulencia luego. Supo del general halago, y del desprecio—y de la adoración, más tarde—de los más exigentes. Apuró la aspereza y el regalo; y así fué él, también, a la vez, tierno y hosco, ávido y desdeñoso, patriarcal y misántropo, devoto y enamorado. Casó tres veces y vivió recoleto en conventos. Quemó su mejor libro en prosa y no concluyó su mejor libro en verso. Fué a Dios por la fruición y por el gozo—paladín de una dama y de un designio.

Un biógrafo lo describe, ya anciano, de cuerpo inmóvil y ojos inquietos. Sargent ha retratado su porte zanquilargo y esa cabeza leonada de sabueso ventor que, alzando la trufa, barrunta la presa, o de alano sedeño que—a un tiempo, pronto e indolente—parece olfatear cierto rastro divino y entorna el ojo, enarca la oreja, presintiendo el alivio de la mano del Cielo.—A. M.

FRAGMENTOS

(Prosa.)

MUCHA es la fe de quien osa creer a sus propios ojos.

LAS promesas del diablo se cumplen en cuanto a la letra, y son eludidas en cuanto al espíritu; las promesas de Dios, si con frecuencia son eludidas en cuanto a la letra, se cumplen, más allá de toda esperanza, en cuanto al espíritu.

HAZME poseer ese misterio de tal suerte que no desee ya comprenderlo.

DIOS ama al alma que desea la perfección de modo análogo al que ama siempre un enamorado: como si el alma fuera ya perfecta. Evidencia, ésta, que una vez lograda, engendra en el alma un deseo mucho más vehemente de llegar a ser perfecta, que si la perfección fuese el premio futuro a un tal amor.

DIOS accede generalmente a nuestros ruegos más bien en la medida de su propia magnificencia que en la de nuestro ruego; tan así que, en sus exuberancias, no conseguimos reconocer aquellos mismos bienes por los que tanto imploramos.

LOS hombres no ofenderían a Dios si supieran hasta qué punto está dispuesto a perdonarles.

TODO se le revela a quien espera, con sólo que tenga el coraje de no renegar, en las tinieblas, lo que a plenas luces vislumbró.

LA fruición de un instante de verdadera felicidad basta; pero la eternidad no es demasiado.

LA ley de Dios es el arpa de las diez cuerdas de David, y la música toda de la vida radica en esas vibraciones—diversas y precisas—que le imprime el contacto de las pasiones. Llegan los pecados, y en su zafia y hosca preferencia del ruido a la música, rompen las cuerdas.

NOLI me tangere; única gracia que el santo solicita del mundo.

EL cielo es harto parecido a la tierra para que sea posible hablar de él, tal y como es verdaderamente, sin temor a que la mayoría lo tome por esa tierra suya que es el infierno.

CUERDA locura, la que, en el seno de las austeridades y de las tribulaciones más ásperas, sabe advertir la presencia de un cielo; loca cordura la que, por entre todos los placeres de la tierra, no percibe testimonio alguno de la sola existencia del cielo.

NO hay escritor, sagrado ni profano, que emplee jamás las voces *el* o *del* para referirse al alma. Es siempre *ella* o *de ella:* tan universal es esa evidencia intuitiva de que el alma, por lo que respecta a Dios—cuya es su vida—, es femenina.

LA mujer: objetivo adecuado a la investigación de la Humanidad.

LA Religión que es de veras una religión—esto es: un vínculo—es, de todas las cosas, la menos sensual y la más sexual.

ESO que un Amante ve en el Amado es la imagen de su propia belleza potencial proyectada en

los ojos de Dios. La imagen es dada a cuantos no pueden verse a sí mismos, a fin de que puedan aprender a creer la palabra: *Rex concupiscet decorem tuum*.

(Nota y versión de ANTONIO MARICHALAR)

CRIBA

LAS CARTAS SOBRE LA MESA

FRIDERICUS REX

... Sin embargo, conservaré el puesto de presidente de la Academia, que no puede ser ocupado más que por usted... A veces me tientan deseos de que se redoble en otros países la persecución contra los mejores; ya sé que semejante empeño es, en cierta manera, criminal, porque equivale a desear que se reproduzcan la intolerancia, la tiranía y todo aquello que tiende a embrutecer la especie humana. ¡Fíjese hasta lo que he llegado!... Usted podría poner término, en cuanto lo quisiera, a estos deseos culpables que hieren la delicadeza de mis sentimientos. No le meto prisa sin embargo; no trataré de importunarle, y esperaré en silencio el momento en que la ingratitud le obligue a adoptar como patria un país en el cual hace ya mucho tiempo que está usted naturalizado en el espíritu de los que piensan y poseen discernimiento bastante para apreciar su mérito.

(Federico de Prusia en carta a monsieur d'Alambert, 1763, ofreciéndole la presidencia de la Academia de Ciencias de Prusia. *Oeuvres posthumes de d'Alambert,* t. I, pag. 21. Paris. Charles Pougens. Imprimeur-Libraire. An VII. 1799 *[vieux style]*)

HITLER ROQUE

La Academia de Ciencias de Prusia se ha enterado, con indignación, de las noticias que dan los periódicos sobre la participación de Alberto Einstein en la campaña calumniosa de Francia y América. Inmediatamente le ha pedido cuentas de ello. Entre tanto, Einstein ha declarado que cesa de pertenecer a la Academia, fundándose en que no puede estar por más tiempo al servicio del Estado prusiano bajo el régimen actual. Como es ciudadano suizo, parece también decidido a renunciar a la ciudadanía prusiana que posee desde 1913 como consecuencia de su ingreso en la Academia. La Academia de Ciencias de Prusia considera las intervenciones agitadoras de Einstein en el extranjero como tanto más graves cuanto que esta Academia y sus miembros, desde sus primeros tiempos, se sienten unidos lo más estrechamente al Estado prusiano, y con la obligada y rigurosa reserva en cuestiones políticas ha afirmado y mantenido siempre el pensamiento nacional. Por esta razón, la Academia no tiene motivo alguno para lamentar la dimisión de Einstein.

Por la Academia de Ciencias de Prusia, el secretario perpetuo, profesor doctor Ernst Heymann.

(Declaración de la Academia de Ciencias de Prusia contra Einstein el 1 de abril de 1933. Albert Einstein: *Mein Weltbild.* Amsterdam, 1934, pag. 120.)

PARCIALIDAD Y SU CONTRARIA EN EL ANTÓLOGO

Diego (Gerardo): *Poesía Española* (Contemporáneos). Signo. Madrid. 1934.

Los años que corren desde 1900 hay que contarlos entre aquellos que de más feraces haya tenido en lo poético nuestra literatura. Sobre todo ese aluvión de poesía juvenil que surge poco después de la Guerra, cuando ya los poetas que puso en pie a comienzos de siglo la influencia de Rubén Darío empezaban a pasarse de sazón y anquilosarse en fórmulas. Es esta segunda, magnífica cosecha, el movimiento más considerable, de mayor empuje de las letras españolas en nuestros días. Como claro indicio de la soberbia potencia de este movimiento, el aparecer atropellado de una infinidad de revistas juveniles, casi en su totalidad excelentes, que llevaron de un cabo al otro de la Península los hálitos de una espléndida floración poética. Simultáneamente – con el obligado predominio de Andalucía—aparecen por todos los rincones de España poetas y más poetas, y, lo que es mejor, entre tanta abundancia empiezan a poco a determinarse valores positivos, seguras muestras de que tal avalancha de poesía empezaba a cuajar en frutos ciertos y no era mera ráfaga, efímero pasar de intenciones que no lograsen arraigo. Hasta tal punto es fuerte este movimiento poético, que un poco lo invade todo; llégale un instante en que ya no puede mantenerse dentro de sus límites, a los

que rebasa. Bien es cierto que todo estaba como predispuesto a su favor, que más que obstáculos no son más que facilidades lo que encuentra en su camino. ¡Cuánto se han lamentado envidiosamente los prosistas de este trato de favor que se daba a cualquier intento poético por baladí que fuere! Hasta los editores—y no es decir poco—se sentían ganados a su causa, y no ha habido libro de poesías, y aun muchos otros que ni a intentos de esto llegaban, que no hayan salido a la luz.

Mas, como suele ocurrir en todos los desbordamientos, como ocurre siempre que algo pierde la noción de límite, este fuego crecióse en tal medida que por fuerza hubo de llegar un momento en que era mayor el estrago que causaba que lo que tenía de fecundo. Los poetas arrastraban tras de sí a todo y se enrolaban alocados en sus filas pobres seres a los que este fuego, tras de deslumbrarlos, había de reducir a ceniza. Otros eran arrancados a su medio propio. Poco más o menos no hubo escritor que no intentara hacer sus pinitos poéticos; muchos fueron los que se quedaban en ese ser *además* poetas, ya que no lo pudieron conseguir en lo absoluto. Más o menos en la cantidad que a cada cual estuviese reservada, todos reclamaban su racioncita de poesía y el certificado correspondiente. Ni por asomos pensó nadie en renunciar a la parte que le correspondiera, si algo le correspondía. Andaban los vientos poéticos llamando tras de los cristales de cada uno, y su invitación era tan tentadora que pocos eran los que no se salían de sus casillas enardecidos. Pero un cruel sentido de la justicia ha hecho que si fatal fué para muchas gentes este arrebato, no menos fatal había de ser para la misma poesía el pecado, la *caída* de los no poetas en su linde. Por primera vez sobre la tentación pesaron vengadoras las consecuencias del pecado, como antes sobre el pecador habían gravitado las influencias de la tentación que le llevaron a cometerlo. La venganza de los vencidos no podía ser más sañuda. Como había pasado con la pintura poco antes—en la que respecto a las de-

más artes se da el caso parecido al que ocurre a la poesía en relación con la literatura—eran tantas las adulteraciones de lo poético; entre tanta falsificación alguna estaba tan bien lograda que a ciencia cierta el honrado hombre de la calle no sabía a qué carta quedarse, y rivalizaban en estupidez los que todo lo daban por bueno con los que todo lo daban por malo.

Así las cosas en 1931, y un poco ya también en el año anterior, se detiene el incesante fluir de nombres nuevos. Es entonces cuando uno de los poetas de la nueva generación de valer más auténtico, el que la había destacado con su mejor revista, *Carmen,* sintiendo las necesidades del instante, comprende lo propicio de las circunstancias para echar una mirada reflexiva sobre tan intensa y tan extensa producción poética, recapitulación, por otra parte, ya necesaria. La primera antología de Gerardo Diego es el resultado de este contrapesar de la labor desarrollada por una de las generaciones poéticas más intensas que ha existido sobre nuestro suelo. La labor, desde luego, era dificultosa; los peligros a sortear, ni mucho menos pequeños ni escasos. Pero no faltó en aquella ocasión valentía al poeta; 1915-1931, entre estas dos fechas límite se desarrolla aquel impetuoso movimiento de nuestra lírica. Y así establecidas las lindes, la selección de poetas y la de poesías, dentro de la obra de cada uno de ellos, es hecha por Gerardo Diego con todo rigor, según le aconseja su criterio. En el prólogo, en las primeras líneas con que se abría aquella antología, comenzaba por declarar su autor que aquélla era no una antología amplia, sino *precisamente una antología parcial.* Y aún más, *parcial en todos los sentidos de la palabra.* La actitud del antólogo suponía un riesgo indudable, del que él era consciente. Era la suya, pues, una gallarda actitud. Su parcialismo entrañaba responsabilidades, que aún lo eran más porque se las echaba a sabiendas de que las contraía, porque las reclamaba para sí. Mas ésta era precisamente su labor, que no se podría llevar a cabo sino despreciando los sinsabores que llevaba

aparejados. El más pequeño intento de rehuir cualquiera de éstos hubiera repercutido sobre su obra, que sólo a este precio se podía alcanzar en plenitud. Había, o que hacer la selección con arreglo a los dictados de una conciencia, sometido a las exigencias de un criterio, mejor cuanto más extremado, o dejar de hacerla. De la actitud que Gerardo Diego adoptó son buen indicio las palabras, a que aludíamos antes, con que comienza su prólogo. El poeta había adoptado la noble actitud de llevar hasta el último extremo su parcialidad. Parcialidad que, por otra parte, no trataba de encubrir; hasta ahí llegaba la arrogancia de su gesto. *No niego que haya algo de parcialidad en el sentido que el vulgo da a esta palabra—parcial: simpático, afectuoso—en mi criterio selectivo.* Aquella antología había sido llevada a cabo con todo acendrado fervor, comprometiéndose además en ella en absoluto el poeta. Con toda parcialidad, como dice en su más reciente antología al referirse a la primera, en lo cronológico y en lo poético. Si antología vale tanto como florilegio—de *flos,* flor, y *legere,* elegir—, esta actitud es la correcta a adoptar por el antólogo. La correcta y la recta. Una antología dejará de ser lo que ha de ser en cuanto no sea alquitarada selección, en cuanto el que la haga no acepte todos los compromisos que esto encierra, y, poco más o menos, en vez de discernir con un criterio cerrado, hasta con sectarismo, con profunda convicción, remede el negligente gesto de Pilatos. ¿Es éste lavarse las manos el gesto que adopta Gerardo Diego en su segunda antología de poetas contemporáneos? No; es cierto. Salva en absoluto toda la selección que se mostraba en la primera (incluso la de Juan Ramón Jiménez, que por indicación expresa se ha negado a figurar en esta antología, no constando en el libro más que, como homenaje y referencia, los títulos de sus composiciones), lo que indica que la sigue teniendo por buena; no se traiciona en tanto, pero sí en amontonar en torno a aquella primera antología todo eso que amontona, ese mons-

truoso postizo. Por esto la nueva antología es infinitamente inferior a la publicada en 1932. Un camino de perfeccionamiento de aquélla hubiera significado que el tamiz por el que pasara sus poetas, para este nuevo libro fuera aún más cerrado que el que empleó entonces, todo lo contrario, desde luego, de esta franquía suicida. Este libro de hecho no es una antología, sobre todo, y en elogio de su autor hay que hacerlo constar: no es una selección hecha por Gerardo Diego de nuestra poesía actual, a menos que tomemos por falsa su posición anterior, porque la de antes y la de ahora son inconciliables. Lo peor de este nuevo libro es que su sombra se proyecta sobre el que le precede, comprometiéndole gravemente. No sólo es en sí pequeño su valor, sino que resta valor a aquella otra primera antología de poetas contemporáneos. Los mismos que ahora elogian a la nueva antología por su amplitud, criticaron en la primera la severidad que presidió su formación, olvidando sin duda que no puede ser elogio de un tamiz el decir que permite que todo pase a su través, sino la finura con que cribe. Este exigir era la labor que interesaba realizar. Las razones que exponía Gerardo Diego para justificar la exclusión de Basterra o de Bacarisse en su primera antología no podían ser más atinadas. Había que recabar de los poetas esa *plenitud de intención poética* y esa *ausencia de lastres* ajenos al hecho poético a que aludía. Y si esto estaba justificado en el caso de Bacarisse o en el de Basterra, poeta al fin y al cabo éste, ¡qué no decir de una gran parte de los que en esta nueva obra figuran! Ninguna falta le hacía a la primera antología, ni tiene razón de ser alguna, la inclusión de poetas meramente circunstanciales, como Espina o Valle-Inclán, por no citar más, o como esa tanda de los terminados en *ina,* que, como se ha dicho, el que más tiene que ver con la poesía de todos ellos, de tener que ver algo, es Marquina; ¡qué bien excluídos de la primera, en este caso concreto primerísima respecto de la nueva, antología!

Deténgase la pluma antes que continuar cuestionando sobre cada uno de los poetas que figuran en este libro. No se trata de andar en dimes y diretes, ni menos de acogerse al socorrido tópico de que ni están todos los que son, ni son todos los que están, para ver la razón o sinrazón que en cada caso particular haya habido en la inclusión de un determinado poeta; el error que comentamos es de más bulto, es el concepto mismo que ha presidido la formación de esta nueva antología: su asaz holgada parcialidad, que, si no la pasa, bien cerca se queda de la linde de la más irresponsable imparcialidad, porque si bien, como con razón dice Gerardo Diego, toda antología es un error, hay que tener el valor de arriesgarse con nuestros propios errores, de ir al error llenos de convicción y fe en lo que uno tiene por bueno; haciendo caso omiso de la posibilidad de errar, aventurarse con lo que uno tenga por mejor entre un perder y un ganar. No mantenerse ladinamente en la orilla; no inhibirse. Así se aparta uno de poder ser eco de los errores de los demás.—V. S. V.

EL TEATRO ROMANO-IBÉRICO RENACIDO

Camón Aznar (José): *El Héroe*. Ediciones de la Gráfica Municipal. Madrid.

A lo largo de esta tragedia corren los mismos vigorosos amplios vientos huracanados que estremecieron a las de los antiguos coliseos. Se siente palpitar en sus escenas ese afán de grandes espacios de las tragedias griegas y uno comprende hasta qué punto fueron certeros en su juicio los que en el concurso para el Premio Lope de Vega, al que fué presentada, echaron de ver que el ambiente reducido y cerrado, de atmós-

fera viciada, de los teatros no le convenía. Imperiosamente reclama este escenario el semicírculo del anfiteatro enfrente de sus personajes. Tienen éstos tal talla, hablan un lenguaje tan elevado, que retumbaría con exceso, se lastimaría contra las paredes de yeso de los teatros, ambicioso como está por su tono y por sus conceptos de un anchuroso recipiente de piedra que lo proyecte hacia la infinita comba de los cielos.

Una no rebuscada originalidad tiene también mucho que ver con el concepto clásico del arte. Parecen los originalismos como más convenientes a los intentos pequeños. Esta labor de joyería, de preciosismo, suele estar ausente de los grandes intentos. Ocurre como en nuestro ánimo; los hombres pueden permitirse interpretaciones peculiares, darles matices *nuevos* a aquellos sentimientos más débiles, más bajo su dominio, pero en aquellos otros que ocupan el fondo, que son como su base, hasta los poderosos dedos del tiempo casi no pueden cambiar nada en su interpretación. *El Héroe* no ha pretendido ser un héroe visto por Giraudoux o por Cocteau. José Camón Aznar ha intentado—y conseguido—no un nuevo concepto de él, sino traer a su teatro el Héroe en toda su hondura; no es el de su tragedia una adjetivación sobre lo heroico, sino el Héroe sustantivo, por antonomasia. Las situaciones, las circunstancias en torno de los personajes, ya aquí cabe originalidad. Ocurre con este teatro clásico que todos los grandes personajes que en él se mueven: El Traidor, La Adúltera, El Parricida, La Madre—madre como la que vive en esta tragedia, cuyo hijo al apoyarse en su seno siente como si toda la tierra le envolviese—El Héroe, El Bueno, El Fanfarrón, El Enemigo, El Pueblo, como están tomados en su más auténtica e intrínseca substancia, todos se repiten siempre lo mismo y lo que cambia en ellos es la expresión escénica sirviendo a una idea. Esta idea—sentimiento otras veces, las más de las veces—igualmente trasciende, está presente por encima del desarrollo de la tragedia de Camón Aznar. Le envuelve como una atmósfera

desde la primera escena y se va desnudando una tras otra en las que le siguen.

Leyendo «El Héroe» – dice Unamuno – *se me vienen a las veces a las mientes pasos de Séneca, cuya «Medea» traduje hace poco más de un año.* Antes afirma que *El Héroe* de José Camón Aznar es una obra que pertenece, por su forma y por su fondo, al teatro romano-ibérico; que es, por tanto, compañera de las de Séneca. De este teatro le viene ese desolado sentido del sino. El Alejandro de esta tragedia está condenado por los dioses a ser el vencedor de todo y de todos. La vida se le ha rendido en sus frutos más apetecibles; su ambición militar no tiene dique; pueblos y más pueblos se le entregan sin siquiera osar medir con él sus armas. Nada puede enfrentársele; Alejandro sufre del cruel hastío de su poder, de la vacuidad de su gloria. *Más que mi brazo sufre mi corazón el no saberse crear obstáculos que lo hagan piafar de entusiasmo.* Su gloria tan sin mérito le acongoja. Vaga ausente de sí por en medio de su desolada grandiosidad, conflicto que tan sólo el gran personaje de todas las farsas, de las de fuera y las de dentro del teatro, ha de vencer. La Muerte corta el hilo de esta tragedia al dar a Alejandro airoso salto hacia el mundo de las sombras para dar la batalla a su propia grandeza.—V. S. V.

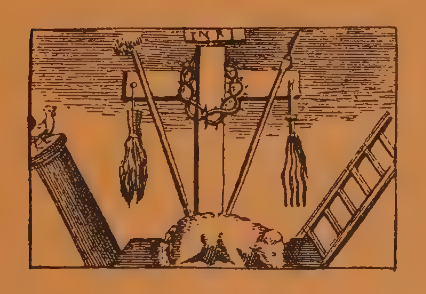
Representaciones

MIGUEL HERNÁNDEZ

Quien te ha visto y quien te ve y sombra de lo que eras

(Auto sacramental)

SEGUNDA PARTE



AGOSTO
1 9 3 4

PERSONAJES
DE LA
SEGUNDA PARTE

(Principales).

PASTORA	PASTOR
HOMBRE	DESEO
LOS CINCO SENTIDOS	CARNE

(Accidentales).

LAS CUATRO ESTACIONES	LOS CUATRO ECOS

Parte segunda.

(FASE ANTERIOR)

Estado de las Malas Pasiones: un vergel nocivo, reino de la sensualidad.

ESCENA I

El Deseo y el Hombre-niño anterior, ya el Hombre; que entran como que vienen de camino.

Deseo.

¡Detente! Hemos llegado
al hermoso paraje,
al bienestar fecundo de este Estado,
propósito y final de nuestro viaje.
Quítate el polvo que alió el camino,
hasta aquí concurrente,
que se marcha otra vez por donde vino
siempre, siempre presente,
futuro y venidero,
al de tu pie romero y no romero.
Refréscate la frente
con el favor de luz de esa corriente.

Hombre.

Estoy cansado... Quiero
reposar...

Deseo.

Bebe antes
a la fuente sus líquidos semblantes.

(Se acerca el Hombre a la fuente que está allí de pasada y al ir a beber se embebe en el agua.)

Deseo.

(Que le observa.)

¡Tropezó con su cara!

Hombre.

¡Oh! ¿Quién habita dentro
de esta mansión de agua?

Deseo.

¡El agua clara!

Hombre.

Y ¿quién sale al encuentro
de mi rostro, que me es desconocido?...

Deseo.

Tu rostro.

Hombre.

¿Yo? Y ¿es esa mi criatura?
¡Qué gozo! ¡Yo plural! ¡Yo repetido!

(Abocándose más interesado de sí mismo.)

A ver, a ver: ¿cómo ando de hermosura?

(Se contempla coqueto.)

No estoy mal: grandes ojos, frente buena,
agraciada figura,
alta sien, boca roja, tez morena.

Sólo me da recelos
de fealdad esta barba... ¡Sobran pelos!
¡Dime, Deseo, dime!
¿Cómo no llegué a ver, antes de ahora,
mi persona sublime
en el limpio reflejo?

Deseo.

No había echado aún tu labradora
azogues de malicias al espejo.

Hombre.

(Vuelve a mirarse y no se harta de ver su bobería.)

¡Qué perfección! Seguro estoy de que ella
me ama por mi arrogancia ¡tanto y tanto!

(El Deseo tira una piedra en el centro de la paz de plata.)

Hombre.

¿Pero quién atropella
la visión plateada, el dulce encanto,
de mi contemplación de mí, Deseo,
que siendo tan hermoso estoy tan feo?

Deseo.

Sólo una piedra inerte,
pero segura.

Hombre.

¿Y una piedra pudo
con un leve meneo?...

Deseo.

Con un leve meneo, pero fuerte.

Hombre.

Con un poco de peso...

Deseo.

Pero rudo.

Hombre.

Desilustrado y mudo
dejarme... ¿Como?

Deseo.

(¡Calla,
que más hará la Muerte
y será más pequeña la batalla!)
Acuéstate: reposa
sobre esa blanda arena,
bajo esa higuera, encima de esa rosa,
(lejos la castidad de la azucena,
cerca la tentación de los claveles),
que habrás de empezar pronto la faena
que ya te están pidiendo estos vergeles.

Hombre.

(Acostándose.)

Y dime: ¿me veré de mejor suerte,
después, en esa parte
sosegada del agua?

Deseo.

Podrás verte:
pero no tendrás tiempo de mirarte.

(Se duerme el Hombre.)

Duerme, que yo te velo
traidoramente alerta;

y aun en sueños, te inclino, te amartelo
a la Carne dañina.
Duerme, que abra a tu sangre yo la puerta,
procurando tu ruina.
Duerme: muere, trabaja
tu muerte: eres gusano,
que durmiendo cultiva su mortaja
sobre su verde catre valenciano.
En este huerto, que el pecado alhaja
de pomos seductores,
tristemente risueño,
para después del sueño
le tengo ya previstos: a tu mano,
un arma que amortigüe sus vigores;
a tu frente, la nata
del sudor, del pesar y de lo anciano;
y a tus pies, una tierra tan ingrata,
que labores exija a tus labores,
mientras, cómitre, te ata
a una vida forzada de rigores.

Escena II

El Deseo, el Hombre, dormido. Las Cuatro Estaciones, cargadas de sus productos. Entran pregonando.

Ivierno.

¡Agua de nieve pura y verdadera!
¿Quién quiere mi agua fría, mi agua pura?

Primavera.

¿Quién quiere rosas de la Primavera,
en vez de tanta carga de frescura?

Estío.

Dentro de mi nevera,
tengo el agua de Ivierno;
tengo las bellas rosas que mi Prima-
Vera se pone encima
de su cuerpo, y mis gomas,
y mi luz candeal, y mi pan tierno,
mis cigarras, mis fuegos y mis pomas.

Otoño.

Pues todo aquel que quiera,
puede pedir del rico tiempo mío
lo que ofrecen Ivierno y Prima-Vera,
lo que cumple el Estío.
¡Todo recolectado lo tributo!:
agua de nieve pura y verdadera,
rosas de abril y brío,
trigo, luz, fuego, fruto,
y además de cigarras,
aquel precioso líquido de luto,
sangre de Eucaristía,
que derraman las venas de las parras
pesadas y lujosas a porfía.

Deseo.

Esperad un instante;
tú, la estación nevada;
tú, la estación florida;
tú, la estación brillante;
tú, la estación henchida
de todo, todo al fin resuelto en nada.

Ivierno.

¿Qué deseas?

Deseo.

Deseo
(mi mismo nombre para hablar empleo),
Ivierno, que te esperes,
y que esperen las otras estaciones
a que tú hayas salido.
Bajo el árbol verdal de los placeres,
lleno de miel granate y de pasiones,
tengo un hombre dormido.
¡Despertadle! Vendedle, mercaderes,
vuestras mejores cosas.
¡Ofrécele tu agua sola, Ivierno!;
Prima-Vera, tus rosas;
tú, Verano, tu cuerno
de abundancia, y tú, Otoño, los alientos
y el sabor de tu mosto.

(Al Estío.)

(Yo haré que lo enamoren de tus viento
junio, julio y agosto).

(Las Cuatro Estaciones se acercan al Hombre.)

Ivierno.

¡Despiértate, criatura!

Primavera.

¡Despierta, Hombre! ¡Vamos!

Estío.

¡Eh, despierta!

Otoño.

¡Despierta!

Hombre.

(Despertando y viendo a las Cuatro Estaciones.)

¿Tengo ya la sepultura
en su sitio esperándome y abierta?
Eso parece, cuando
apenas de una muerte me despierto,
que otra me está esperando,
con sus cuatro ayudantes, quedamente.
¡Venid! ¡Llegad! ¡Cargadme! Aquí estoy muerto,
y de cuerpo presente.

(Se tiende imitando la última figura.)

¡Ea!, Echáos mi peso;
peso poco y tenéis dura la mano.
¡Poco trabajo va a tener conmigo,
poco manjar, el infeliz gusano!

(Advirtiendo suspensas a las Cuatro Estaciones.)

(Al Ivierno.)

Más... ¿qué esperas, amigo?;

(A las demás.)

¿y vosotros, que no echáis al instante
con mis pies por delante?
¿No sabéis el oficio? ¿Por qué es eso?
Mirad que se lo digo a vuestra ama,
y os romperá a los cuatro más de un hueso,
como a mí pronto, con su mano en rama,
infieles servidores.

Estío.

Señor, no te acalores,
que de eso ya me encargo yo en mis meses.

Ivierno.

No tiemble, señor mío,
que de eso, con mis ráfagas monteses,
ya se encarga mi viento mondo y frío.

Primavera.

No enrojezca, señor, que con mis flores
ya me sobran rubores.

Otoño.

Ni a mí furia, ni viento, ni calina,
ni rubor amaranto,
pues todo lo reuno en mi oficina,
hasta a vos, y le digo:
no se levante tanto,
que ha de caer cuando mi hoja, amigo.

Deseo.

(Al Hombre.)

Son cuatro mercaderes
que vienen a ofrecerte sus haberes.
Déjate de furores:
pregúntales y lo que gustas diles
(que yo me quedaré con lo que quieres).

Hombre.

(Al Ivierno.)

¿Tú, qué tienes?

Ivierno.

Blanquísimos perfiles,
casi sacramentales,
de nevadas, de montes, de aficiones
celestes, de vellones,

de nieblas, de cristales,
de espuma en la fuente sosegada,
de nubes...

Hombre.

¡Basta de enumeraciones
que hacen este total tan breve: nada!

(A la Primavera.)

¿Qué ofreces tú?

Primavera.

Presagios y colores,
promesas y favores
de amor, de luz, de mar, de altas remesas
de nidos, de verdor, de ruy-señores,
jóvenes sombras de oro, más que espesas,
y flores y panales.

Hombre.

En fin, ¡que tú tan sólo das promesas!
Y ¿quién las cumple ciertas y reales?

Estío.

Yo; mi apasionamiento
que no para un momento;
la promesa de flor, la cumplo fruto;
la de luz, en el viento
membruda la derramo,
en la era copiosa la tributo;
la de panal, miel llluevo;
la de amor, de los cuerpos soy el amo,
y hago amar a lo viejo y a lo nuevo;
la de nido, en la rama

pongo unas plumas y sustraigo un huevo,
mientras el ave llama
al que le tiene par bajo la umbría,
y compitiendo espuma, el mar derrama,
volando, su alegría,
en el cuerpo, en el mundo y en el día.

Deseo.

(Al Hombre.)

(¡Alárgale la mano,
como sobrino, es-tío, a este Verano!
¡Quédate sus objetos!)

Hombre.

Espera, a ver qué ofrece éste.

Deseo.

(¡El gusano
que hace tantos y tantos esqueletos!)

Hombre.

(Al Otoño.)

¿Qué ofreces tú?

Otoño.

Más cosas que ninguno
de mis tres compañeros;
lo que te ofrecen ellos de uno en uno,
te lo ofrezco yo, amigo,
cifrado todo, numerado en ceros.
¡Todo resuelto en todo y todo nada!
la uva en la bodega, en los graneros,
todo una nada, el trigo;
todo una nada, libres, pasajeros,

los nidos, la enramada;
una nada de arrope todo el higo;
una orza enmelada
toda la miel; todas las hojas lodo;
todo una nada, nada,
todo una nada, ¡todo!
Hasta a ti te cosecho
la sangre aloque, viva y exaltada,
y te aprieto y te exprimo
el caliente racimo
que te late en el pecho,
de un soberano modo,
con fuerza acompasada.
¡Todo una nada! ¡Todo!

Hombre.

Pues quédate con todo, si eres nada.
Dame lo tuyo, Estío,
que algo es algo, y es algo, si muy poco.
Vete tú, Ivierno, a helar a las montañas,
a prevenir el coco
y a contar en la lumbre tus patrañas.
Vete tu a las cabañas,
Prima-Vera, a mostrar tu maravilla
a la gente sencilla,
por boba e ignorante.
Vete tú, Otoño loco,
de quien presumo males más que bienes.

Ivierno.

(Yéndose.)

Hasta enero.

Primavera.

(Yéndose.)

Hasta marzo.

Otoño.

(Al Estío, yéndose.)

Tú lo tienes
en tu tiempo fragante...
Aunque él no quiera lo tendré en rehenes...
Hasta más adelante.

Escena III

El Hombre, el Deseo, el Estío.

(El Hombre rodea al Estío buscándole el producto mejor.)

Estío.

Pide de mí lo que veas
que en mi tiempo se produzca;
pero no olvides que, todo
lo que apetezcas y cumpla
yo, tiene su precio fijo,
tiene su paga segura.
¿Qué quieres primero?

Deseo.

(Inspirándole.)

¡Trigo!

Hombre.

Pan de junio.

Estío.

Pues aguza
las márgenes de tu hoz
con la piedra rosa y brusca,
hasta dejar su menguante
más delgado que la luna.

(Caerá una hoz de cualquier parte y todos los menesteres del segador conforme los mencione el Estío, y el Hombre los irá recogiendo y haciendo lo que le dicta el tiempo ardoroso.)

Ponte el sombrero de paja,
que te libra de la furia
solar, que con lo velloso
de mates la faz te nubla.
Ahora, cálzate la abarca
de esparto, pesada y dura,
que arideces de rastrojos,
que dagas de luz apuntan,
evite heridas, si no
rigores tu planta dura.
Prepara el cuerpo al sudor,
prepara el pecho a la angustia,
prepara la mano al callo
y a la tierra la cintura.
También has de prevenir
la espiga al haz, a la turba
de la garbera los haces,
y la garbera montuna
a la parva, y ésta al trillo,
y a todo la enorme anchura
redonda de geometría
de las eras blanquirrubias.

Hombre.

Estoy preparado.

Estío.

Entonces,
que empieze tu agricultura.

(FASE INTERIOR)

(Se trastorna el teatro rápidamente y el vergel queda convertido en un trigal eterno de grande. Habrá una luz aflictiva, un resonar de élitros estivales y una amarillez tremenda de desamparo en derredor del Hombre, segador y solo. No hay una sola sombra de árbol para reposar en toda la perspectiva.)

Escena VI

El Hombre, la Voz del Deseo lejana.

La Voz.

Siega que te siega,
que te segarás
el pan que tu boca
no se comerá.
Siega, segador:
tendrás el jornal
de una mala cama
a la serená,
de un sueño de perros,
de un mal despertar
de gallos, de gritos

de tu mayoral.
El pan que te comas
de harina negrá,
no será del trigo.
no será del pan
que tu estás segando
que te segarás,
siega que te siega,
blanco y candeal,
desde la Ascensión
hasta por San Juan.
¡Que va a venir julio!
¡Siega de prisá!

(El Hombre, obediente a la voz del Deseo, siega y siega con un furor que es una gana de acabar como un monte. A veces, rendido, se detiene; pero la voz que se oye no lo deja.)

¡Que va a venir julio!
¡Siega de prisá!...

. . . .

¡Siega, segador:
tendrás un jornal!...

. . . .

¡Siega que te siega,
que te segarás!

(Cae, al fin, rendido el Hombre, con un gesto impotente de su mano armada.)

Hombre.

Aunque grite y diga...

La Voz.

Siega de prisá,
que va a venir julio...

Hombre.

¡Ay! ¡No puedo más!
Y aunque me repita...

La Voz.

Tendrás un jornal...

Hombre.

Mejor quiero un árbol
para descansar.
¡Qué pena de grillos!
¡Voy a reventar
antes que se calle
el motor fatal
de tanta alabanza
del sol estival!;
¡de tanta cigarra
loca de cantar!
¿Dónde habrá una sombra
buena de verdad,
que me ampare un poco
de tanta crueldad
rica como llueve
sobre mi costal?
¿Dónde habrá una sombra?...
¿Dónde?; ¿dónde habrá
un árbol crecido
para mi ansiedad?...
¡Ay! ¡Sola mi sombra!...

¡Si pudiera estar
al pie de mí mismo
para conciliar
un poco de sueño
y de bienestar,
mientras el Deseo
dice desde allá!...

La Voz.

¡Siega que te siega,
que te segarás!

Hombre.

¡Ningún árbol quiere
darme su amistad!
¿Qué os hice yo, verdes
figuras de paz,
para que los bultos
y el socorro huyáis?
Y el cansancio me hace
los ojos cerrar...
Y la sed me abrasa...
¡Y tampoco hay
por estos contornos
fuente manantial,
cántara de barro,
río de cristal!...
¡Y qué lejos brindas
por mi cuerpo, mar!
Y el Deseo dice...

La Voz.

¡Siega de prisá!...

Hombre.

Y yo no lo escucho...
Yo estoy muerto ya...

(Se duerme.)

Escena V

El Hombre y el Pastor.

(Viene un Pastor, memoria aparente de Abel, adonde está el Hombre abandonado a la luz sin piedad. Con su figura de olivo le hace sombra y aire con su manto fresco. Oxea los insectos tornasolados de veneno que se quieren parar sobre la carne quieta que no les da temor. Le enfría las sienes con agua de una calabaza que trae, y le renueva la frescura de los labios, regándoselos. Despierta de su modorra el Hombre a tanta solicitud.)

Hombre.

¡Oh, gracias, árbol piadoso,
que expreso a mi cuerpo vienes
y ensombrando mi reposo,
riegas mi labio ardoroso
y me serenas las sienes!

Dime: ¿quién te mandó aquí
a contener la impiedad
de tanta luz contra mí,
de tantos rigores? ¿Dí?

Pastor.

Me mandó mi soledad.

La soledad de mi altura
montés donde vivo y moro,
pastor de la nieve pura.
Yo te vi llegar, criatura,
a este atlántico de oro.

Te vi, terrestre remero,
rasar cereales olas;
y tras tu paso, ligero,
te vi dejar un reguero
malherido de amapolas.

Te vi avanzar; con la mano
te vi vencer del henchido
y caliente mar del grano;
pero al fin, hombre y hermano,
te vi naufragar vencido.

Y al verte de tal manera,
troqué mi altitud serrana,
donde la nieve es cordera
y ésta nieve pasajera,
por tu tierra castellana.

Dolido de tu dolor,
solicité con mi halago
mucho más que con mi amor
mitigártelo.

Hombre.

¡Pastor!

Pastor.

No me agradezcas lo que hago.

Hombre.

¡Si yo pudiera vivir,
como tú, tan altamente!

Pastor.

¿Quieres conmigo venir?

Hombre.

¡No puedo, Pastor, subir!

Pastor.

Y ¿por qué no puedes? ¡Vente!
Yo te enseñaré la senda:
uno tras otro, los dos
llegaremos a mi tienda.
¡Es cosa tan estupenda
estar cerquita de Dios!

¡Vente! ¡Está Dios tan cercano!
¡Anda!

Hombre.

No puedo. No puedo...
Tengo que segar el grano
que queda...

Pastor.

¡Dame la mano!

Hombre.

(y Dios me da mucho miedo...)

Pastor.

¿Temes a la serranía,
su grandeza, su aridez?
Dicen que la sierra es fría;
mas su frialdad, yo diría
que invita a la desnudez.

¡Tan pura corre y tan ancha
por el lomo extraordinario
de las cimas, avalancha
virginal! Deja esta *Mancha*
por aquel feliz *Calvario.*

¿No has llegado nunca a verte
la voz? Que tengo un espejo
en cada barranco advierte,
y menos la de la Muerte
todas las voces reflejo.

Hombre.

(Sombrío.)

¡No puedo!

Pastor.

Te enseñaré
a hacer tu vida pastora,
tranquila.

Hombre.

¡Me falta fe
para subir!

Pastor.

Te daré
una honda educadora.

Y con mucho amor, pastor
has de ser; que el pastoreo
solicita mucho amor,
mucho ojo y avizor,
y poco, ¡ningún deseo!

Si ves que una res se acosa,
se aficiona por el daño,
dale una piedra amorosa;
que una oveja maliciosa
malicia todo un rebaño.

Con dolor, avísale,
en la porción que le envíe,
dura tu mano, a su pie.
No la dejes que orejée
para que no se extravíe.

Sabe mi ganado amigo,
desde el mayor al cordero
menor, que tiene conmigo
mi amor, y que lo castigo
por lo mucho que lo quiero.

Hombre.

Iría de buena gana
en tu compañía yo
a tu soledad serrana
blanca de nieve y de lana;
me iría, sí, pero no.

Pastor.

¿Sí, pero no? ¡Vaya un duelo
del *sí* y del *no!* Sí ha de ser.

Hombre.

¡Sí, pero no!... Que recelo
que de no mirar al cielo
no lo voy a conocer.

Pastor.

El cielo jamás se muda
su rostro de paz, si no es
lloviendo el agua membruda;
pero más limpia y desnuda
esgrime su faz después.

Hombre.

(Dolido de la verdad del cielo.)

Vete, Pastor; vete, ¡vete
a tu ilustrísimo bando!
¿Quién en mis cosas te mete?...
¡Hasta lo menos las siete,
déjame seguir segando!

Pastor.

(Yéndose, amargo, sin el Hombre.)

A la montaña me voy.
Por si acaso te rindiera
el cansancio, arriba estoy:
ayer, mañana y hoy,
arriba estoy y a tu vera.

Escena VI

El Hombre, vuelto al segar. Entra el Deseo.

Deseo.

¿Levantada tanta mies
aún aquí? ¡Poco te alteras,
segador! Pero ¿no ves
que va a pasar este mes
y no están hechas las eras?

Hombre.

Deseo, yo sólo veo
delante de mis fatigas
trabajo solo, Deseo;
un deslumbrante meneo
de espigas y más espigas.

Obstinación cereal,
inacabable y feroz
para mi cuerpo y mi mal:
¡siempre en mi prisa manual
se opone un haz a una hoz!

Más valiera al gusto mío
haber despreciado ciertos
los productos del Estío
por el del Ivierno frío
y los del Otoño muertos.

Y mucho más me valiera
quedarme en los varios lechos
que promete Prima-Vera:
¡ay!, que promesa es espera
y desengaños los hechos.

Deseo.

Toma; bébete un azumbre
de agua; te la has ganado.

Hombre.

No me des más pesadumbre.
¿Quieres apagar la lumbre
después de haberse apagado?

¿Vas a salvar diligente
al que en el fondo del mar
ya es agua de su corriente?
¡Qué tonto quien hizo un puente
que nadie habrá de pasar!

Deseo.

No entiendo lo que te pasa.
¿Quieres decirlo al momento?

Hombre.

¡Nada! Que otra sed me abrasa
y otro sudor sobrepasa
las sienes del pensamiento.

Deseo.

(¡Malo! Se me echó a perder.)

Hombre.

Como el singular pastor,
¡ay, Dios!, yo quisiera ser:
¡tener altura!, ¡tener
rebaño!, ¡tener amor!

Deseo.

(¿Quién es ese singular?...
¡Malo! ¡Peor!...) Dime, dime:
¿a qué vida peculiar
te quieres aficionar,
que al nombrarla tu voz gime?

Hombre.

A una vida de altitud
que me enfríe de verdad
fuegos de la juventud,
donde compaña y virtud
nieve son y soledad.

Donde la paz lana es,
pena acordada la esquila,
reina la blancura y res...
¡Ay! ¿Quién me cambia esta mies
por aquella luz tranquila?

Deseo.

(Pastor, me lo has malogrado...
Pero yo haré...) Escucha, escucha:
¿quieres tener un ganado
allá en el monte nevado
con mucha gana?

Hombre.

¡Con mucha!

Deseo.

Pues quítaselo al Pastor.

Hombre.

¿Qué dices?

Deseo.

Lo que aún no has hecho.

Hombre.

¿Tengo derecho?

Deseo.

¡Temor!
Teniendo fuerza y valor
a todo tienes derecho.

Hombre.

No quieras, no, que suscriba
con mi acción toda tu idea.

Deseo.

¿Cómo consientes que viva
él, muy feliz, tan arriba,
y tú, triste, abajo?... ¡Ea!

Que más que tú no ha de ser
nadie. ¿Por qué lo será?
¿No deseas un quehacer
de nada? ¿La paz tener
de arriba? ¡Pues tomalá!

¿Quién le pondrá impedimentos
a tu deseo, a tu acción?
¡Nadie te ve allí! ¿Los vientos?
¿La nieve?

Hombre.

¡Mis pensamientos!

Deseo.

¡Replántalos de afición!

¡Conócele a ese pastor
la sustancia de sus venas!
Sirve la hoz, segador,
para otra cosa mejor
que segar trigo y avenas.

Un segador soberano
vi yo que se rebeló
porque su amo, lo vi yo,
dijo que adorase a un grano.
Feroz de acero la mano,
en torno del amo gira,
y un escuadrón tras sí tira
que arma contra la Grandeza
cejas de una sola pieza,
ojos gigantes de ira.

Y si al fin ganó el más fuerte
en la celeste contienda,
el que se quedó sin prenda
fué digno de mejor suerte.
Que pretendiendo ponerte
a la misma elevación
de cualquier alto peñón,
si no tu misma criatura,
por imposible, a su altura
se pone tu pretensión.

¡Mata y serás en el acto,
si no el mismísimo Dios,
alguien que tendrá en los dos
muchos puntos de contacto!
¡Mata y serás casi exacto,
casi a Dios, de tal manera!

Hombre.

No; que Dios no mata: espera
dentro de su Estado eterno,
solícito, siempre, tierno,
a que la criatura muera.

Deseo.

Que tendrás su poderío
si matas...

Hombre.

Pero es más justo
el que muera por su gusto
que el que muera por el mío.

Deseo.

¿Vivirás siempre hecho un río
de lágrimas?; ¿hecho un mar
de sudor y de pesar?:
sudor del ojo al que hiere
todo; cuerpo que no quiere,
lagrimoso, trabajar...

Escena VII

El Hombre, el Deseo. La Carne y los Cinco Sentidos, que entran y rodean al Hombre en seguida.

Carne.

Marido de mi vida:
hay arriba del monte una pastora
de cara conseguida
sobre el mejor aspecto de la aurora.
Su ceño me enamora
¡a mí!, que soy mujer y femenina.
Como la luz su pelo,
que albea en una frente y perla fina,
pone velludo de color el cielo.
Camina y no parece que camina
sino sobre cristales
cuidadosa, desnuda.
Tiene la voz de fuentes manantiales
y los ojos de tórtola viuda.
Es tan pura su boca,
que el aire da un rodeo
por no besarla casto ni siquiera.
A todo lo que toca
virginidad le imprime. Y hasta creo
que de su blanca planta,
cuya blancura la blancura altera,
huella en pompa, la luna se levanta.
¡No lleva ni un anillo!
y ¡qué rica es su mano!
No arrastra más que un manto muy sencillo,
¡y parece un tisú tan soberano!
Y sin ser muy esbelta
en el trono que el monte le alza adrede,

la beldad de la palma más resuelta
me da la sensación de que la excede.
¡Ay! Yo quiero, querida
por ti, ser como ella:
tan alta, tan hermosa, tan subida,
hacer vida de estrella.
¡Ay! Vísteme de seda.

Hombre.

Retenes son de seda las mortajas
donde el gusano queda.

Carne.

Yo quiero ser ilustre. Quiero alhajas
de todos los matices;
que mi cuerpo se cubra de esplendores,
de peces como dagas,
de luces linces, dagas como peces.

Hombre.

Pero mujer, ¿qué dices?

Carne.

Lo que quiero que hagas.
¿O es que sólo ha de haber entre pastores
velludos y soeces,
peculiares hermosas
que se bañen en leche y pisen flores,
y más que pisen flores, pisen rosas?
¿No tengo yo derecho
a tener como esa
cano el pie, cano el rostro, cano el pecho,
con calidad de canidad montesa?

¿Es un pastor mejor y más acaso
que tú para marido,
porque tú vivas en el puro raso
y él, de puro subido,
tan expuesto a caer en un mal paso?
Marido, si yo fuera
tú, hace mucho que hubiera
dado a mi fuerza empleo
para satisfacer este deseo
de enriquecer mi cuerpo que me altera.
¿Vas a dejar que tenga una pastora
más poder, más encanto
que tu bella y pulida labradora
que te enamora tanto?

Hombre.

¡Cállate!

Deseo.

(¡Ríndelo!)

Carne.

Todos los bienes
son de todos, marido. Sube a la alta
montaña y quítale lo que no tienes
al pastor y me falta.

Hombre.

¡Cállate!

Deseo.

(¡Sigue así!)

Carne.

¡Marido mío,
ven!

Hombre.

¡Déjame en la siega!...
He de empezar para San Juan la trilla...

Carne.

(Ciego te dejaré con el Estío
y no siega.) Sosiega;
dale un poco de filo a la corvilla
y ¡anda!... Nadie te ve...

Deseo.

(¡Ya se te entrega!)

Carne.

¡Es tan ancha Castilla,
tan ancha y tan manchega!
(Hablan los Cinco Sentidos en plan mitinero.)

Mirar.

No dudes un momento:
la riqueza es de aquel que la acapara.

Oír.

El mundo es para todos.

Oler.

Como el viento.

Gustar.

Como la luz.

Tocar.

Igual que el agua clara

Carne.

¡Todos somos iguales!

Deseo.

(¡Despertad, despertad sus ambiciones!)

Mirar.

¡Es mentira!: no hay hombres criminales.

Oír.

La sangre de las venas
es para libertarla en ocasiones.

Oler.

No hay límites.

Gustar.

No hay tuyo.

Tocar.

No hay cadenas.

Carne.

No hay corderos guiados por leones.

Deseo.

(Así: ¡más!, ¡más!)

Oír.

¡Abajo, explotadores!

Mirar.

¡Abajo!, yo repito.

Oler.

¡La huelga general, trabajadores!

Gustar.

¡La huelga general!

Tocar.

¡Dios es un mito!

Carne.

La religión un tétrico sistema
de incienso que perfuma podredumbre.

Deseo.

(¡Vamos! ¡Venga!)

Mirar.

Un problema
que no resuelve nada.

Oír.

¡Ea! ¡A la lumbre
con los templos!

Oler.

Hagamos de sus cosas
un monte de cenizas al momento.

Gustar.

Bebamos en las ánforas preciosas.

Tocar.

Rompamos las clausuras tenebrosas
del Santo Sacramento.

Carne.

Dejemos a sus vírgenes desnudas.

Deseo.

(¡Más coraje! ¡Ea, ea!)

Oír.

A las campanas mudas
y fundidas.

Mirar.

¡Gran cosa!

Oler.

¡Gran idea!

Gustar.

Que de su fundición salgan martillos
que nutran de sus hierros la pelea.

Tocar.

¡Abajo los sencillos
de corazón!

Todos.

¡Abajo! ¡Abajo!

(Todos se remueven furiosos y encabritados.)

Deseo.

(Atizándolos y al Hombre.)

¡Ea!

¿Qué aguardas aún, criatura,
cuando el río torrente se desata
e impone su sangrienta dictadura
a todo el valle? ¡Mata!
Corre al frente del río,
que no te arrolle su furiosa plata
y perezcas en él.

Carne.

Marido mío,
atiende a tu deseo.

Deseo.

¡Mata! ¡Mata!

Carne.

Súbete al monte y haz mi dicha entera
y la estrechez de tu vivir dilata.

Deseo.

¡Mata! ¡Mata, criatura!

Los Cinco Sentidos y la Carne.

¡Muera! ¡Muera!

Hombre.

¡Está bien!

Deseo.

¡Mata! ¡Mata!

(El Hombre ha de verse batallando atrozmente con pasiones, pensamientos, miradas, deseos. Al fin aceptará en la esfera de su voluntad el ofrecimiento de crímen del Deseo con un gesto de desgana trágica. Se irá y todos tras él: la Carne, danzarina eterna; el Deseo, espectador y exigente, y los Cinco Sentidos, revolucionados, ansiosos del botín en perspectiva.)

(FASE POSTERIOR)

ESCENA VIII

Un monte, en lo más alto de su altura nevado de trecho en trecho, de cuando en cuando, verde. Hay un nicho pastoral en cualquier parte visible. Es de noche, y el silencio altísimo y picudo está adornado de un dindalear de esquilas, cuyo meneo coincide con el de los luceros. La luna, en el cenit, azulea misteriosamente las blancuras sembradas de frío. Del interior del nicho o cueva saldrá un resplandor no visto.

La Pastora, y en seguida el Pastor.

Pastora.

¡Por fin, Pastor, por fin veo tu ausencia
hecha presencia viva!
¡Qué sola me encontraba, qué imperfecta,
yo sin mi compañía!:

¡tú!..., ¿Cuándo nutrirán las soledades
su voz y su figura?
¿Cuándo seremos, únicos y pares,
dos soledades juntas?

¿Cuándo proveerá el cielo de su gracia,
de sus aspectos grises?...
¿Cuándo, cuándo?, yo a mí me preguntaba...
Y en un *¿cuándo?* viniste.

Pastor.

A tu ¿cuándo? mi ¡ahora! ha respondido
trayéndome amoroso.
Pastora, ¿y el ganado?

Pastora.

En el aprisco
hace música el ocio.
¿No escuchas el va-y-ven de sus gargantas?

Pastor.

Lo escucho, y lo contemplo
realizado en aquellas luces altas
que canean meneos.

Lo percibo en la paz de este silencio
soleado de luna;
lo recibe la esfera de los ecos,
exacta, fiel, segura.

Igual que fuentes de los ruidos, copian
los ecos los productos
de la voz, las esquilas y las tórtolas
en sus lejos desnudos.

Pastora.

¡Asiéntate, Pastor!: estás cansado
y estoy enamorada.
Abrévente los aires elevados,
la música callada.

Aspira los olores del romero
donde la abeja encuentra
panales florecidos a lo cielo,
dulcísimas faenas.

¡Déjate en manos hoy de mis caricias!;
me das penas de amores,
y llagas regaladas sin heridas
me abres sobre este monte.

¡Guárdate por ahora tus cuidados
y acepta mis ternuras!:
¡ya me darás, Pastor, el dulce pago
con réditos de usura!

¡Duérmete! Cantaré para que el sueño ahuyente tu vigilia.

Pastor.

¡Ya me duermo, Pastora!... ¡Dame presto los ojos de tu vista!

(Hay una escena tiernísima entre Pastor y Pastora hasta que aquél se duerme. Canta la Pastora.)

Pastora.

No hieles, viento, ahora,
que se duerma mi cielo
hasta el día de la aurora.
No lo dejes de hielo.
No lo dejes de hieloó...
No lo dejes de hieloó...
Que estoy enamorada
de su mata de peloó...
Pasa, paz, por su frente
tu mano sosegada.
Para, paz, de repente,
que estoy enamorada.
Nocturno mediodía,
no levantes el vuelo.
Alma mía, alma mía,
no lo dejes de hielo.
No madrugues, rosada:
no vengas hoy de prisa,
que estoy, enamorada,
fuera de mi camisa.
Está que arde la nieve
con la luna lunada;
está que arde la nieve
de verme enamorada.

Dedos de terciopelo
quisiera para cada
caricia de mi cielo,
que estoy enamorada.
Está la luna en celo
sobre tornalunada.
Más pálida que el hielo
esto-y enamorada.

(Se entra con el sueño del Pastor apoyado en un hombro en el interior de la cueva.)

Escena IX

El Hombre, el Deseo y los Cuatro Ecos con cuatro espejos de roca en las manos; aparecen y desaparecen según hablan o callan y en el orden en que responden.

Deseo.

(Entra seguido del Hombre.)

Ahí vive el pastor.

(Señala a la cueva.)

Hombre.

¿Ahí?
¿Está ahí?

Eco 1.°

¡Sí!

Eco 2.°

¡Sí!

Eco 3.°

¡Sí!

Eco 4.º

¡Sí!

Deseo.

¡Qué poco espacio os separa!

Eco 1.º

¡Para!

Eco 2.º

¡Para!

Eco 3.º

¡Para!

Eco 4.º

¡Para!

Deseo.

(Le indica la hoz.)

Toma el acero potente.

Eco 1.º

¡Tente!

Eco 2.º

¡Tente!

Eco 3.º

¡Tente!

Eco 4.º

¡Tente!

Hombre.

¿Quién nos devuelve insolente
en este monte mortal,
de cada frase el final,

que es un para, un sí y un tente
como un aviso feroz?

Deseo.

¿Temes? Son los ecos bellos...
¿No te has visto nunca en ellos
el semblante de tu voz?

Hombre.

¿Y qué clase de elementos
esos bellos ecos son
que atormentan mi razón
lo mismo que pensamientos?

Deseo.

¡Nada!: laderas que gimen.

Eco 1.º

¡Crimen!

Eco 2.º

¡Crimen!

Eco 3.º

¡Crimen!

Eco 4.º

¡Crimen!

Deseo.

Anda: llama en la espelunca.

Eco 1.º

¡Nunca!

Eco 2.º

¡Nunca!

Eco 3.º

¡Nunca!

Eco 4.º

¡Nunca!

Deseo.

Serán tuyos sus rebaños...

Eco 1.º

¡Daños!

Eco 2.º

¡Daños!

Eco 3.º

¡Daños!

Eco 4.º

¡Daños!

Deseo.

Serás rico, serás fuerte...

Eco 1.º

¡Muerte!

Eco 2.º

¡Muerte!

Eco 3.º

¡Muerte!

Eco 4.º

¡Muerte!

Hombre.

¡Ay de mí! ¡Cómo me advierte
la pétrea repetición
que será tu promisión
crimen, nunca, daños, muerte!

Deseo.

Ríe de sus amenazas...
Búrlate de sus consejos...
Opón a tantos espejos
de tu voz, tantas mordazas
de tu risa. ¡Ríe ya!

Hombre.

(Ensaya una risa de baladre.)

¡Já! ¡Já! ¡Já!

Eco 1.º

¡Já!

Eco 2.º

¡Já!

Eco 3.º

¡Já!

Eco 4.º

¡Já!

Deseo.

No sabes reírte. Así:
¡Jí! ¡Jí! ¡Jí!

Eco 1.º

¡Jí!

Eco 2.°

¡Jí!

Eco 3.°

¡Jí!

Eco 4.°

¡Jí!

Deseo.

A ver; hazlo como yo.

Hombre.

(Más amargo.)

¡Jó! ¡Jó! ¡Jó!

Eco 1.°

¡Jó!

Eco 2.°

¡Jó!

Eco 3.°

¡Jó!

Eco 4.°

¡Jó!

Deseo.

(Descarándose con los Ecos.

Bueno está: ¡sansacabó!
Nadie me responda a mí.

Eco 1.°

¡Já! ¡Já! ¡Já!

Eco 2.º

¡Jó! ¡Jó! ¡Jó!

Eco 3.º

¡Jó! ¡Jó! ¡Jó!

Eco 4.º

¡Jí! ¡Jiií! ¡Jiií!

(Los Cuatro Ecos desaparecen burlones y con los espejos vueltos de espaldas.)

Escena X

El Hombre, el Deseo; el Pastor, cuando sea requerido.

Deseo.

¡Vamos! ¿Tienes aún temor
de llamar?... ¡Qué poca fe
en ti! Yo lo llamaré.

(Se acerca a la cueva.)

¡Pastor! ¿Dónde estás? ¡Pastooor!...

(Aparece el Pastor en el umbral de la cueva.)

Pastor.

(Viendo al Hombre.)

¿Quién me ha requerido? ¡Hola!
Al cabo, al cabo, criatura,
has llegado a la estatura
de esta soledad tan sola.

¿Te has fatigado? Descansa
encima de mi rodilla.
¡Mira mi paz qué sencilla!,
¡mira mi nieve qué mansa!

¡Mira la noche!...
(Advierte al Deseo.)
Mas veo
una sombra muy extraña
junto a ti... ¿Quién te acompaña,
quién te acompaña?...

Hombre.

El Deseo.

Pastor.

Temiste mi soledad
y trajiste compañía.
¿No te basta con la mía
y la de esta claridad?

A mi soledad serrana
se sube con devoción;
no con bajeza, no con
deseo, sino con gana.

Con gana de estar, de estar
y estar estado en mi Estado;
no por llegar, y llegado,
el abajo desear.

¡Vuélvete, pues, a lo llano
y déjame solo y mondo
aquí arriba, aquí, en el fondo
del cielo, a mi diestra mano,

hasta que otra vez, más grave
de intentos, de carne falta,
tu alma quiera subir alta,
sola y monda, como el ave.

Deseo.

(Al Hombre.)

(Te volverás al trabajo
pudiendo...)

Hombre.

(Al Pastor.)

¿He de irme?

Pastor.

(Con rescoldo de pena.)

¡Sí!

Hombre.

¡Mentira! Me quedo aquí,
ni más alto ni más bajo:

lo mismo que tú, lo mismo.
¿Siempre ha de ser, por ventura,
tuya la miel de la altura,
mía la hiel del abismo?

Por ahora se acabó:
a mi gusto y tu pesar,
te he de tomar, me has de dar
lo que tu amor no me dió.

Pastor.

¡Amor siempre te estoy dando!

Hombre.

Prefiero a tu amor tus bienes.
Y di: de tantos que tienes
¿cuándo me diste uno? ¿cuándo?

Pastor.

Siempre te los doy.

Hombre.

No es cierto:
¡nunca!

Pastor.

La culpa no es mía:
pues, ¿qué culpa tiene el día
de que no lo acepte el huerto?

¿Qué culpa tiene la idea
de no brillar en la mente?
¿Qué culpa tiene la fuente
de que la sed no la vea?

¡Ay, Hombre desventurado!,
¿qué culpa tengo yo, di,
de que me busques a mí,
no por mí, por mi ganado?

Ganado que va a perderte
ganándote la partida,
ganado para la vida,
perdido para la muerte.

Escena XI

El Hombre, el Pastor, el Deseo, los Cinco Sentidos y la Carne. (Irrumpen los Cinco Sentidos y la Carne alborotados criminalmente.)

Todos.

¡Muerá! ¡Mueraaá!

Deseo.

(Dándole el último toque al Hombre.)

¡Cobra encono!

Hombre.

(Al Pastor.)

Pues si el ganado te gano,
¡Toma!

(Le hunde en una teta el acero revuelto de la hoz.)

Pastor.

¡Te perdono, hermano!
¡Te perdono!... ¡Te perdono!

(Cae haciendo la señal de la cruz en el aire trágico de delante del Hombre, que aún le echa una piedra sobre la tabla de la frente. Danzan los Cinco Sentidos, la Carne y el Deseo alrededor del Hombre con una alegría sucia, mientras él se queda en una abstracción de arrepentimiento, con la punta de la hoz caliente de corazón y goteante. Un resplandor rojo lo inunda todo aciagamente, menos la cueva del Pastor, que tiene su luz permanentemente serena.)

Oír.

Hemos violado la nieve
quemándole su pureza.

Mirar.

Hemos ahumado la altura.

Oler.

Hemos llenado de tierra
el cielo.

Gustar.

Hemos pateado
la virginidad eterna
de los vientos celestiales.

Tocar.

Hemos pastado en la hierba
la Sagrada Eucaristía
de la Blanca-Luna-Llena.

Carne.

¡Abel ha muerto!

Deseo.

¡Caín
pudo más!: ¡tuvo más fuerza!

Oír.

Hemos sabido el sabor,
el gusto que echan las venas.

Mirar.

Hemos inventado el crimen.

Oler.

Hemos hallado la hoguera.

Gustar.

Hemos la igualdad impuesto
entre leones y ovejas.

Tocar.

Hemos visto que la sangre
presa no vale la pena.

Carne.

Que somos tan poderosos
como Dios.

Deseo.

Que estamos cerca
de arrebatarle su reino
por las malas, sin las buenas.

Carne.

¡Abel ha muerto!

Deseo.

¡Caín
pudo más!: ¡tuvo más fuerza!

(Salen todos, menos el Hombre, brincando como chivos locos.)

Escena XI

El Hombre, el Pastor, caído muerto. La Pastora y los Cuatro Ecos.

(Desde el principio al final de esta escena se realizará un amanecer con todos sus incidentes bellos de tórtolas, de ruidos, de nubes iluminadas.)

Pastora.

(Sale de la cueva.)

¡Pastor! ¡Pastor amado!;
dejaste a tu Pastora
por ir a la mirada del ganado.

¡Vuelve, que aún no es la aurora!
¿Por qué madrugas tanto
si está la hierba gruesa de rocío,
mis ojos deseosos de tu encanto,
caliento el lado mío?
¿Por qué sales al frío
y al relente dañinos para el pecho,
Pastor de mis entrañas,
más bienhecho que todos los pastores?
¡Vuelve!; ¡vuélvete al lecho!
que tienen sus cabañas
cerradas a la entrada hasta las flores.
No dejes mis amores
aquí entre correhuelas, sombra y grama
solos y tan temprano.
¡Pastor! ¡Pastor! ¡Pastor! ¡Pastor!

Hombre.

¿Quién llama?

Pastora.

(Viendo ahora al Hombre.)

¿Quién eres tú, que no eres quien me ama?...
¿Qué llevas en la mano?...

(Por la hoz, que se le cae al Hombre de las manos asustadas.)

Pastora.

¡Oh! ¿Qué has hecho?

Eco 1.°

(Acosando al Hombre.)

¿Qué has hecho?

Eco 2.º

Di: ¿qué has hecho?

Eco 3.º

Di: ¿que has hecho?

Eco 4.º

¿Qué has hecho?

Pastora.

¡No contesta!
¿No encuentras en tu pecho,
por más que buscas, Hombre, una respuesta?

Eco 1.º

(Señalando la muerte del Pastor.)

¡Esta!

Eco 2.º

¡Esta!

Eco 3.º

¡Esta!

Eco 4.º

¡Esta!

Pastora.

(Se arrodilla al pie del Pastor.)

Quietecito y maltrecho...

Eco 1.º

¡Hecho!

Eco 2.º

¡Hecho!

Eco 3.º

¡Hecho!

Eco 4.º

¡Hecho!

Pastora.

Me han dejado el amor sobre la nieve,
como su esposo el hielo, así de cruda.
Como el hielo su sangre de oro llueve
sobre mi soledad, ¡por fin viuda!
Mi soledad pastora
sin soledad amiga.
Yo sin su voz, calor que me enamora,
él sin mi pecho, nieve que le abriga.
¡Ay soledad viuda!
¡Ay mi Pastor, el de la barba ruda,
el corazón de cera
y el ojo enamorado!
¿De qué, de qué manera
te vas sin mí, sin ti, por tu ganado?;
¿quién quieres que te quiera?

Eco 1.º

¡Era!

Eco 2.º

¡Era!

Eco 3.º

¡Era!

Eco 4.º

¡Era!

Pastora.

Era cano y moreno,
alto y mejor mirado que una roca
florecida de hinojos y cantueso,
nutrida de jarales.
Como la paz de bueno,
la regalada llaga de su boca,
entre la voz y el beso
destilaba panales.
¡Ay dolor sin compaña!
¡Ay pena sin pareja!
¡Ay que grande sin él es la cabaña!
¡Ay que sola sin él está la oveja!
Despiértate a mi queja:
no duermas, que me muero,
no mueras, que no vivo.
¡Válgame, mi cordero!,
¡qué triste!, ¡qué roncero!,
¡qué blanco!, ¡qué inactivo!
Te dió el sueño un acero,
y para que durmiera
te dieron en la frente
una piedra de mala cabecera.
¡Ay sangre! Espera, espera
que recoja tu vino diligente
antes que haga este monte regadío;
que mi amor no se quede de vacío,
que el sabor de tus venas me alimente.
¡Ay, no te acabes, fuente!
¡Ay, déjame pastar en tus corales
exprimidos por una mano dura!
Soy oveja metida entre zarzales,
si de tu amor mi boca fué pastura.

¡Ay, majada segura!,
no dejes que me pierda en los alcores
armados de alacranes y culebras;
que paste sola agrillo de temores,
que embarrancada quede en estas quiebras.

(Se levanta enajenada y da vueltas como una paloma con el marido inútil de un tiro; como una noria de desconsuelo, en torno del Pastor, eje derribado de su existencia)

¡Ay flores!

Eco 1.º

¡Flores!

Eco 2.º

¡Flores!

Eco 3.º

¡Flores!

Eco 4.º

¡Flores!

Pastora.

¡Ya, estáis equivocadas:
nacéis espinas y crecéis dolores
junto a las tiernas fuentes sublunadas!
¡Ay fuentes!

Eco 1.º

¡Fuentes!

Eco 2.º

¡Fuentes!

Eco 3.º

¡Fuentes!

Eco 4.º

¡Fuentes!

Pastora.

¡Ya sois un luminoso desvarío:
tropezando en vosotras, las corrientes
van a parar al río!
¡Ay río!

Eco 1.º

¡Río!

Eco 2.º

¡Río!

Eco 3.º

¡Río!

Eco 4.º

¡Río!

Pastora.

¡Ay río, cómo lloro
de ver cómo te llevas entre az'hares
tu cargamento de oro
ya a parar a los mares!
¡Yay mares!

Eco 1.º

¡Mares!

Eco 2.º

¡Mares!

Eco 3.º

¡Mares!

Eco 4.º

¡Mares!

Pastora.

¡Yay marecitas mías!
¡Yay limonadas amarguras sumas
donde van a parar las alegrías
de la fuente, del río y la enramada!:
¿dónde van a parar tantas espumas?...
¡Ya todo!,
¡ya a la nada!,
¡ya menos mi Pastor, de cualquier modo!
¡Ya todo!...

Eco 1.º

¡Todo!

Eco 2.º

¡Todo!

Eco 3.º

¡Todo!

Eco 4.º

¡Todo!

(Huye el Hombre del lugar ilustre, y allí se queda errando el dolor de la Pastora, repetido por los Cuatro Ecos, mientras llega el

Fin de la Segunda parte.



CRUZ Y RAYA

Ediciones del árbol



«Y será como el árbol plantado junto a arroyos de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae; y todo lo que hace, prosperará.»

Psal. I, 3.

Poesías

de

Gil Vicente



Cruz y Raya

Ediciones del árbol.

1934

JOSÉ BERGAMÍN

LA CABEZA
A PÁJAROS



Cruz y Raya

Ediciones del árbol

1934

Introducción a la literatura española del siglo de oro

POR

KARL VOSSLER

(lecciones leídas en la Universidad de Verano, Santander, 1934.)

Introducción y programa de la literatura española

POR

MARCELINO MENENDEZ PELAYO

La publica MIGUEL ARTIGAS

RAFAEL ALBERTI

POESIAS 1924-1930

Cruz y Raya
Ediciones del árbol
1934

EL ACABOSE
del año y nuevo de 1934



CRUZ Y RAYA
para todos
MADRID

BOLETÍN
DEL
INSTITUTO DE LAS ESPAÑAS

REVISTA HISPÁNICA MODERNA

CASA DE LAS ESPAÑAS, COLUMBIA UNIVERSITY
435 WEST 117TH STREET, NEW YORK CITY

El «**Boletín del Instituto de las Españas**» es una publicación trimestral cuya finalidad es dar a conocer en los Estados Unidos de Norteamérica la cultura española, dedicando especial atención a su desarrollo contemporáneo. En sus páginas se encontrará reflejado al día el movimiento de la literatura en los países de habla castellana, en numerosos artículos y notas sobre autores y libros. El **Boletín** publica además interesantes informaciones sobre los diversos aspectos de la civilización española, reseña ampliamente las actividades del **Instituto de las Españas** y otros centros hispanistas, y dedica una sección a los estudiantes de nuestro idioma.

PÍDASE UN EJEMPLAR DE MUESTRA
QUE SERÁ REMITIDO GRATUITAMENTE

LEON SANCHEZ CUESTA

LIBRERO

Calle Mayor, 4.—Madrid.—Apartado 341

EDITORIAL PLUTARCO

S. A.

Alarcón, 3. — Apartado 4048. — Madrid

LIBRERÍA NACIONAL Y EXTRANJERA

Caballero de Gracia, 60. MADRID
Teléfono 15219. Telegramas: LINAJERA

NOVEDADES en literatura

alemana
francesa
inglesa

Servicio rápido de pedidos. Se admiten toda clase de suscripciones. Informaciones y consultas bibliográficas sin ningún compromiso.

LIBRERIA

FRANCO-ESPAÑOLA

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA

DIARIOS, REVISTAS, PUBLICACIONES (S. A.)

Avenida de Eduardo Dato, 10 - Teléfono 93517

MADRID

Le Christ

Liturgia

Ecclesia

(Encyclopédies populaires de connaissances religieuses)

Librairie Bloud et Gay. Paris.

REVISTA DE OCCIDENTE

PUBLICACIÓN MENSUAL

Director: **José Ortega y Gasset**

Secretario de Redacción: **Fernando Vela**

Av. Pi y Margall, 7 (segundo trozo Gran Vía) Apartado 12206

MADRID

SUMARIO DEL MÚM. CXXXII

(junio de 1934)

100-p-g-61-p-g-

Pas. IV-260

CRUZ Y RAYA

S. AGUIRRE, IMPRESOR. — TELÉFONO 30366. — MADRID